

A stylized illustration of a young girl with long, dark, wavy hair, her eyes closed, standing in a room that appears to be in ruins. She is wearing a dark, short-sleeved dress with a full skirt. The room has a large window in the background showing a bright, hazy sky. To the left, there is a window with a view of a landscape. In the foreground, there is a large, ornate, light-colored armchair. The overall color palette is dominated by warm, golden-yellow and orange tones, suggesting a sunset or sunrise. The style is reminiscent of a comic book or a graphic novel.

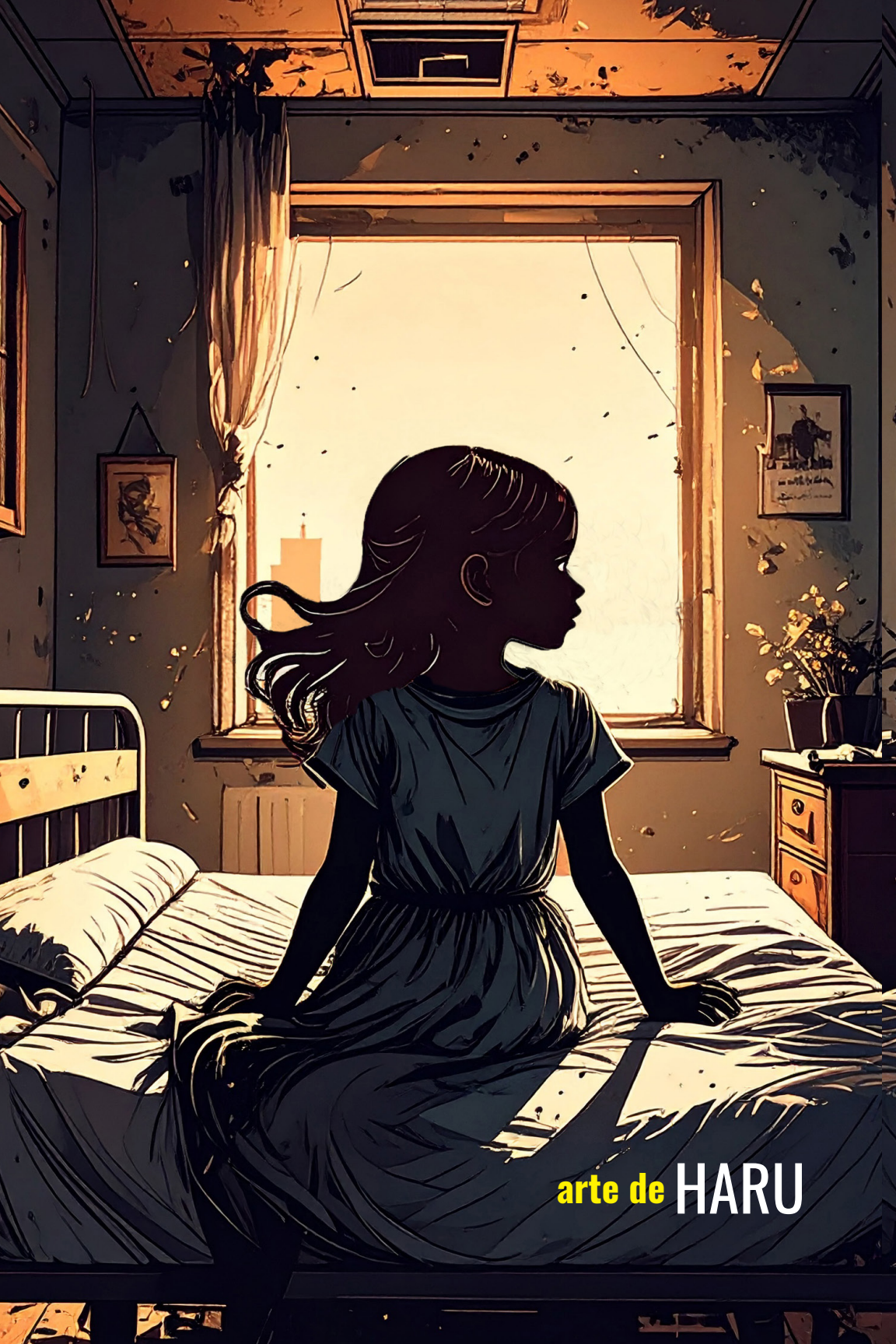
ANDREA DÁVILA

CORAZÓN EN PEDAZOS

"LA CASA DE PAPEL"



PANGEA
EDICIONES



arte de HARU

ANDREA DÁVILA

CORAZÓN EN PEDAZOS

"LA CASA DE PAPEL"



PANGEA
EDICIONES

CORAZÓN EN PEDAZOS

"La casa de papel"

Primera edición, Lima, mayo 2025

© 2025, Andrea Dávila Cavero

© 2025, ERIS EDITORIAL E.I.R.L.

Editado por:

ERIS EDITORIAL E.I.R.L. para su sello editorial PANGEA

Residencial "Los Olivos" Mz. "C" Lt. 31 - Los Olivos, Lima-Perú

RUC: 20605765581

Telf. (511) 915 073 001 - 941 755 770

Correo: eriseditorialdist@gmail.com

Facebook: ERIS editorial

Producción general: Karina S. Moscoso Ballón

Editor general: Jorge B. Ureta Sandoval

Coordinadora de gestión editorial: Jessica Cabrera Andersonn

Ilustraciones internas y tapa: Haru

Diseño de portada: Eris Design.

Foto de la autora: Andrea Dávila

Corrección de textos: Animal Literario

Cuidado de edición: Eris Editorial

Marketing y publicidad: Distribuidora Eris

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º: 2025-04736

ISBN: 978-612-99025-0-0

Prohibida su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la autora.

Impreso en Perú por E. Apogeo E.I.R.L.

Av. Javier Prado Este 4921 Int. 06 Urb. Camacho, La Molina

R.U.C.: 20602290353

Tiraje: 1000 ejemplares

junio 2025



*A ti, mamá,
por enseñarme a ser fuerte
incluso cuando el corazón duele,
por tus silencios llenos de sabiduría
y por tu amor que, como raíz profunda,
me sostuvo en cada tormenta.
Este libro lleva parte de tu historia,
de tu valor, y de todo lo que me enseñaste
sin decir una palabra.
Gracias por ser mi primer hogar.*

PRÓLOGO

Por Paolo Astorga

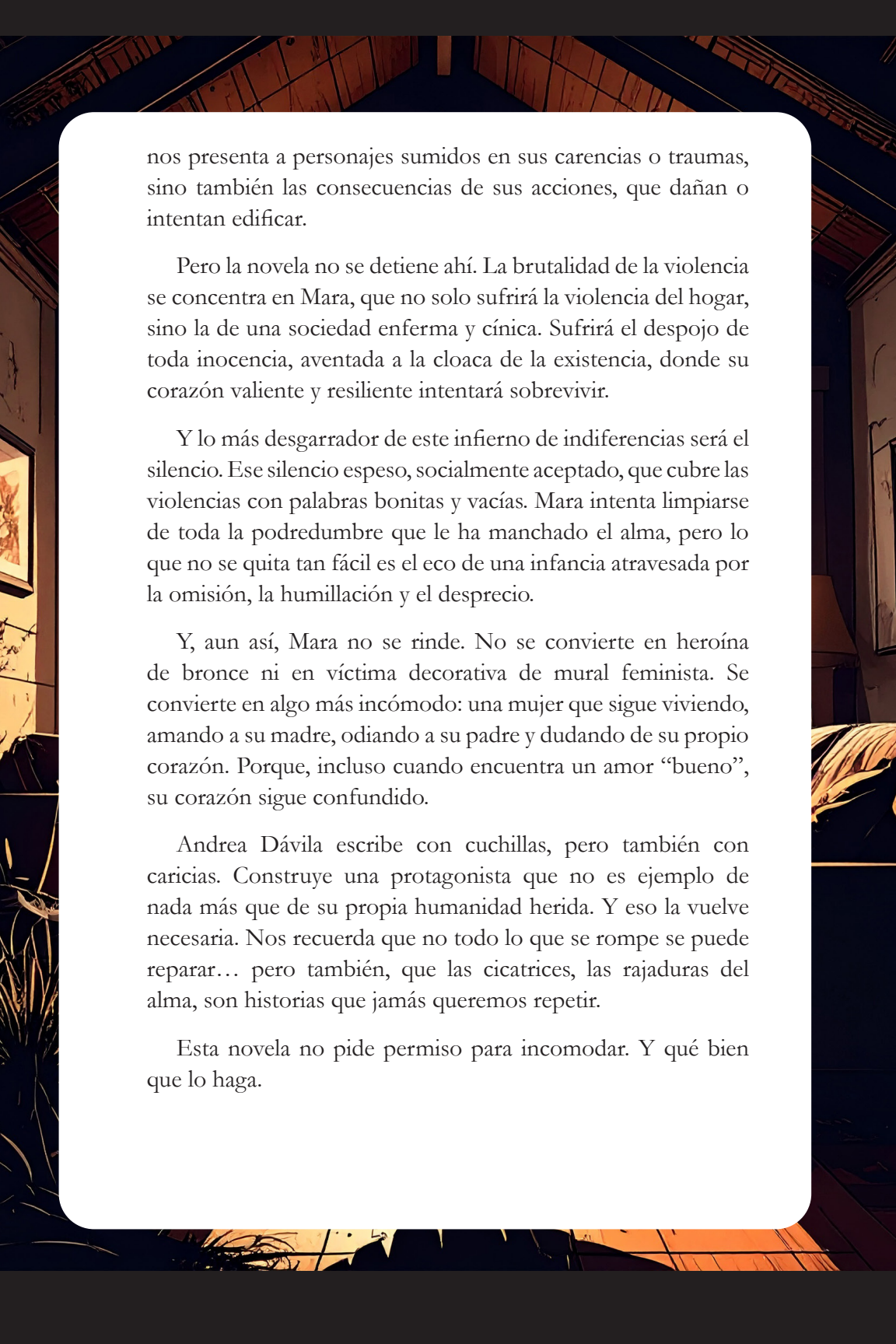
Hay libros que se leen para entretenerse, para pasar el rato y acompañar a los personajes. Sin embargo, *Corazón en pedazos* se lee con las entrañas.

Hay historias que entretienen; esta, en cambio, duele. Duele como si alguien te susurrara al oído —con voz dulce, casi infantil— que el infierno puede tener forma de casa familiar, de hogar que parece feliz, de hermano mayor, de padre ejemplar, de silencio materno. Pero en ese muro de apariencias, el corazón se abrasa de dolor.

Andrea Dávila Cavero nos entrega una novela brutalmente necesaria. No esperen sutilezas decorativas ni finales de telenovela con violines de fondo. Aquí no hay redención fácil ni príncipes azules. Hay una niña —Mara— que crece en "la casa de papel", una metáfora arquitectónica y emocional tan frágil que bastaría un suspiro para que se venga abajo... aunque no se cae, porque el dolor, paradójicamente, es un buen cemento.

A los seis años, Mara ya ha aprendido que la comida se sirve con lágrimas, que las casas se construyen con gritos, y que los secretos se guardan debajo de la almohada... justo al lado de un cuchillo. ¿Quién necesita monstruos bajo la cama cuando uno duerme con ellos en la misma casa?

El padre —hombre trabajador, proveedor, infiel con estilo y golpeador con horario— parece sacado de un manual ilustrado del machismo tradicional latinoamericano. El infierno tan temido es el infierno que se disfraza de amor, que vive en la apariencia y se alimenta de violencia. La autora lo sabe, por eso el estilo de la novela dosifica muy bien la tragedia: no solo



nos presenta a personajes sumidos en sus carencias o traumas, sino también las consecuencias de sus acciones, que dañan o intentan edificar.

Pero la novela no se detiene ahí. La brutalidad de la violencia se concentra en Mara, que no solo sufrirá la violencia del hogar, sino la de una sociedad enferma y cínica. Sufrirá el despojo de toda inocencia, aventada a la cloaca de la existencia, donde su corazón valiente y resiliente intentará sobrevivir.

Y lo más desgarrador de este infierno de indiferencias será el silencio. Ese silencio espeso, socialmente aceptado, que cubre las violencias con palabras bonitas y vacías. Mara intenta limpiarse de toda la podredumbre que le ha manchado el alma, pero lo que no se quita tan fácil es el eco de una infancia atravesada por la omisión, la humillación y el desprecio.

Y, aun así, Mara no se rinde. No se convierte en heroína de bronce ni en víctima decorativa de mural feminista. Se convierte en algo más incómodo: una mujer que sigue viviendo, amando a su madre, odiando a su padre y dudando de su propio corazón. Porque, incluso cuando encuentra un amor “bueno”, su corazón sigue confundido.

Andrea Dávila escribe con cuchillas, pero también con caricias. Construye una protagonista que no es ejemplo de nada más que de su propia humanidad herida. Y eso la vuelve necesaria. Nos recuerda que no todo lo que se rompe se puede reparar... pero también, que las cicatrices, las rajaduras del alma, son historias que jamás queremos repetir.

Esta novela no pide permiso para incomodar. Y qué bien que lo haga.



Índice

Capítulo I: La casa de papel	11
Capítulo II: Regreso a casa	17
Capítulo III: El sueño de Mara	23
Capítulo IV: El amigo Miki	27
Capítulo V: El vecino Andrés	31
Capítulo VI: Ya no pudo más	35
Capítulo VII: Un dolor liberador	39
Capítulo VIII: Un lugar seguro	43
Capítulo IX: Todo era gris	47
Capítulo X:	
El primer amor no siempre es el bueno	51
Capítulo XI: Una tarde trágica	55
Capítulo XII: El silencio después del grito	59
Capítulo XIII: El dolor de una madre	63
Capítulo XIV:	
Un amor bueno y un corazón confundido	69
Capítulo XV: La confusión emocional	75
Capítulo XVI: Caballito blanco	79
Capítulo XVII: La casa vacía	85
Capítulo XVIII: Un encuentro inesperado	91
Capítulo XIX: La sonrisa de la niña	99



LA CASA DE PAPEL

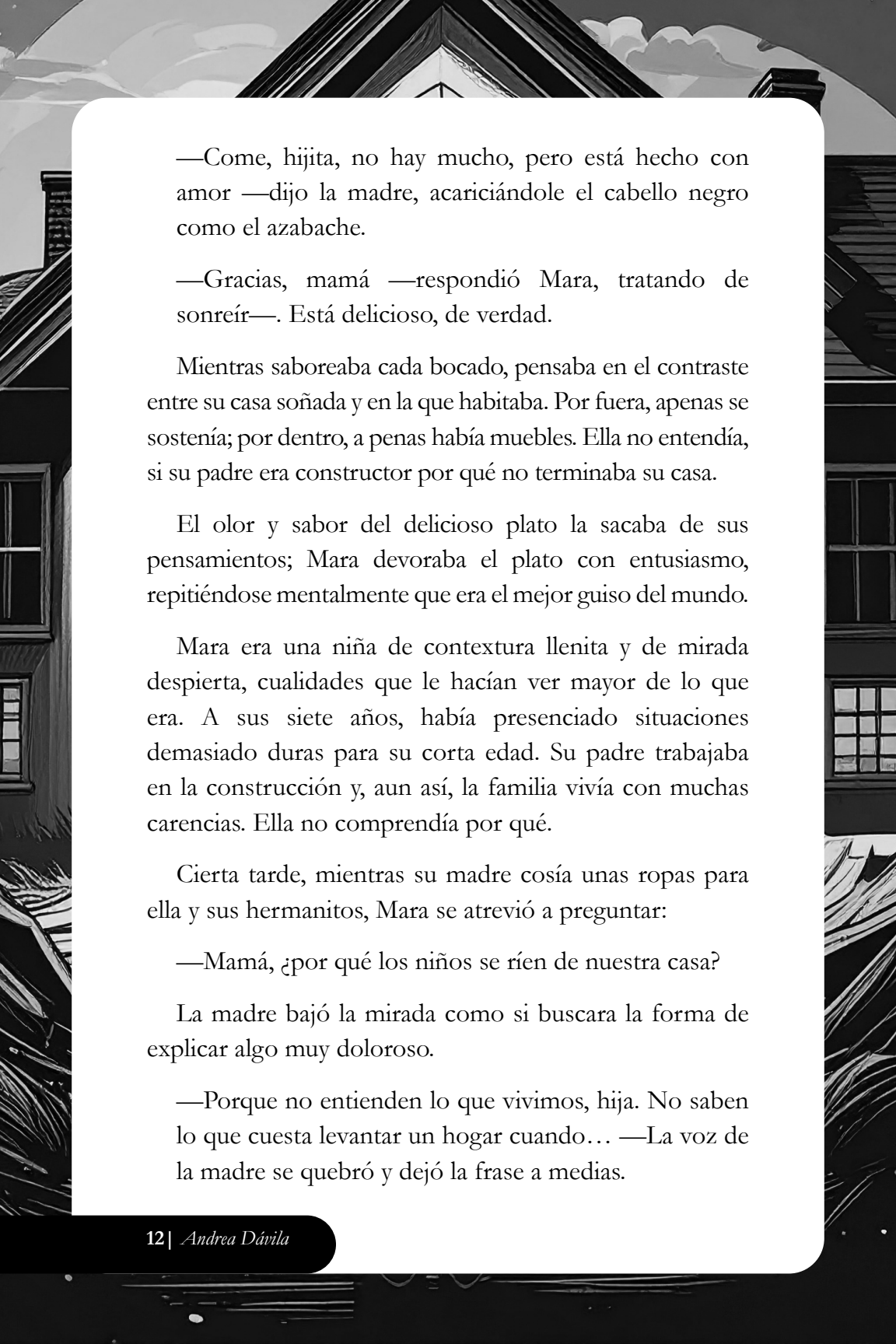
—¡Mira! ¡Mira! ¡Esa es la casa de papel! —gritaban algunos niños del vecindario, señalando con burla la vivienda de Mara.

—¡Sí! ¡Se va a volar con el viento! —añadía otro, entre risas sarcásticas.

Mara, de siete años, se ocultaba detrás de una pared a medio construir. Sentía cómo cada palabra burlona le clavaba una espina en el corazón. «¿Por qué se ríen?», pensaba. Aun así, su imaginación volaba alto: soñaba con una casa enorme de techos altos, grandes árboles en el jardín, y un sendero de flores que la condujera a una puerta acogedora... pero la realidad era otra. Su casa, llamada despectivamente «la casa de papel», era pobre y a medio construir.

—¡Mara, hija, ven a comer! —escuchó la voz de su madre desde el interior.

La pequeña dio un salto y salió de su escondite. Con pasos cortos y un nudo en la garganta, entró a su hogar. La madre, una mujer de rostro cansado, pero de mirada dulce, le sirvió un guiso de papas con carne y un poco de arroz blanco.



—Come, hijita, no hay mucho, pero está hecho con amor —dijo la madre, acariciándole el cabello negro como el azabache.

—Gracias, mamá —respondió Mara, tratando de sonreír—. Está delicioso, de verdad.

Mientras saboreaba cada bocado, pensaba en el contraste entre su casa soñada y en la que habitaba. Por fuera, apenas se sostenía; por dentro, a penas había muebles. Ella no entendía, si su padre era constructor por qué no terminaba su casa.

El olor y sabor del delicioso plato la sacaba de sus pensamientos; Mara devoraba el plato con entusiasmo, repitiéndose mentalmente que era el mejor guiso del mundo.

Mara era una niña de contextura llenita y de mirada despierta, cualidades que le hacían ver mayor de lo que era. A sus siete años, había presenciado situaciones demasiado duras para su corta edad. Su padre trabajaba en la construcción y, aun así, la familia vivía con muchas carencias. Ella no comprendía por qué.

Cierta tarde, mientras su madre cosía unas ropas para ella y sus hermanitos, Mara se atrevió a preguntar:

—Mamá, ¿por qué los niños se ríen de nuestra casa?

La madre bajó la mirada como si buscara la forma de explicar algo muy doloroso.

—Porque no entienden lo que vivimos, hija. No saben lo que cuesta levantar un hogar cuando... —La voz de la madre se quebró y dejó la frase a medias.

—Pero, mamá, ¿podemos irnos a otro lugar? —Insistió Mara con ingenuidad—. Yo no quiero que te sigan haciendo sufrir.

La madre suspiró, intentando contener las lágrimas.

—A veces, no es tan fácil. Tengo que quedarme con tu padre, él es... muy bueno. Te pido que no te preocupes, todo estará bien —contestó, forzando una sonrisa.

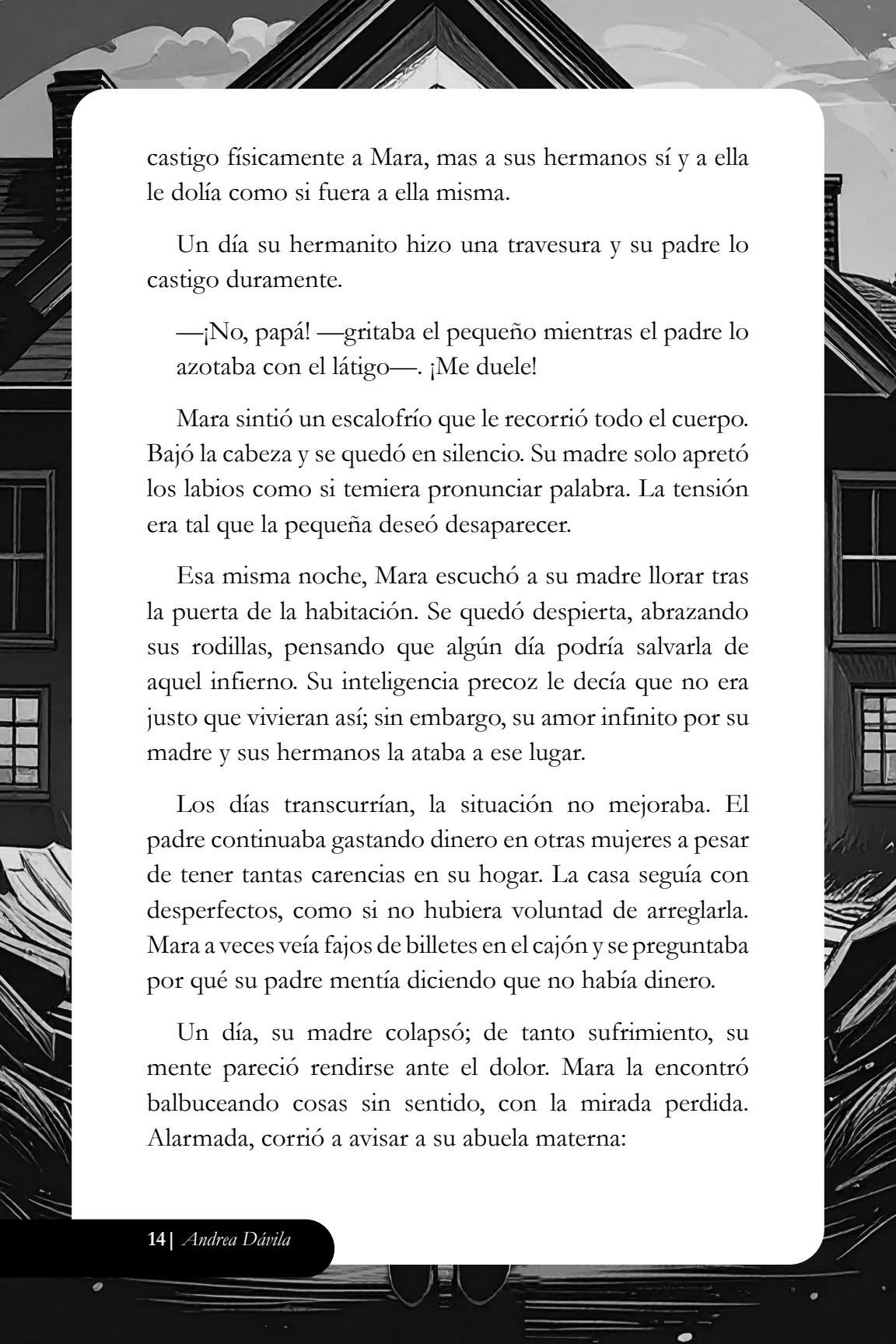
Lo que Mara no se atrevía a contarle era un gran secreto que le hacía temblar por las noches y que le había partido el corazón a una edad tan temprana. Ella no podía hablar, mas no soportaba mirarlo, cómo podía su propio hermano hacerle daño... el hermano mayor por parte de padre, ¡nadie lo imaginaba! Mara no comprendía del todo, pero lo que pasaba era malo... ella lo sentía y aunque no era su culpa, la llenaba de miedo y vergüenza. Ese dolor guardado la impulsaba a pensar en huir, en ir lejos de la casa de papel, lejos de todo.

Una noche, mientras cenaban con la tenue luz de un foco parpadeante, Mara se armó de valor y le dijo a su madre:

—Mamá, ¿por qué no nos vamos? Todas las noches lloras, no quiero verte sufrir.

La mujer la miró con asombro, su pequeña se había dado cuenta de su sufrimiento, pero la dependencia emocional hacia su esposo era más fuerte.

En la casa siempre había gritos; si no eran sus hermanos, era su padre que se molestaba por algo. Su padre nunca



castigo físicamente a Mara, mas a sus hermanos sí y a ella le dolía como si fuera a ella misma.

Un día su hermanito hizo una travesura y su padre lo castigo duramente.

—¡No, papá! —gritaba el pequeño mientras el padre lo azotaba con el látigo—. ¡Me duele!

Mara sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Bajó la cabeza y se quedó en silencio. Su madre solo apretó los labios como si temiera pronunciar palabra. La tensión era tal que la pequeña deseó desaparecer.

Esa misma noche, Mara escuchó a su madre llorar tras la puerta de la habitación. Se quedó despierta, abrazando sus rodillas, pensando que algún día podría salvarla de aquel infierno. Su inteligencia precoz le decía que no era justo que vivieran así; sin embargo, su amor infinito por su madre y sus hermanos la ataba a ese lugar.

Los días transcurrían, la situación no mejoraba. El padre continuaba gastando dinero en otras mujeres a pesar de tener tantas carencias en su hogar. La casa seguía con desperfectos, como si no hubiera voluntad de arreglarla. Mara a veces veía fajos de billetes en el cajón y se preguntaba por qué su padre mentía diciendo que no había dinero.

Un día, su madre colapsó; de tanto sufrimiento, su mente pareció rendirse ante el dolor. Mara la encontró balbuceando cosas sin sentido, con la mirada perdida. Alarmada, corrió a avisar a su abuela materna:

—Abuelita, mamá está muy mal, no me reconoce —
dijo, con un temblor en la voz.

La abuela, una mujer de semblante dulce y corazón noble, llamó a un doctor. En poco tiempo, la casa se llenó de gente: vecinas que trataban de ayudar. La madre de Mara, sumida en un estado de confusión, no reconocía ni a su propia hija.

—¿Quién eres? —le decía a Mara, mientras la niña intentaba acercarse.

—Soy yo, mamá... soy Mara —contestaba, con lágrimas en los ojos.

La madre solo cerraba los párpados y se sumía en un sueño pesado. Cuando despertaba, hacía sonar una pequeña campana y exigía cosas imposibles. Las criadas, contratadas por la abuela para cuidar de ella, acudían presurosas.

—¡Aquí estoy, señora, dígame qué necesito! —exclamaba una de ellas, mientras Mara espiaba desde detrás de un ropero grande.

—Mamá, por favor, ¿me escuchas? —susurraba Mara, con la esperanza de ser reconocida, mas la madre, con la mente fracturada, no podía darle respuesta.

La niña no solo cargaba con el dolor de ver a su madre enferma, sino también con la responsabilidad de proteger a sus hermanos pequeños. Sabía que, si ella no estaba alerta, podría suceder algo terrible. Sentía una ira contenida hacia su padre que parecía desentenderse de todo.

—Al cabo de unos días, la abuela materna habló con voz firme:

—Tengo que llevarme a los niños, mi hija no soporta el ruido, los doctores dicen que necesita un ambiente de paz total —Mara escuchó aquello y sintió que el corazón se le encogía.

—Abuelita, ¿qué va a pasar con mamá? —preguntó con lágrimas asomando en sus ojos.

—No lo sé, hijita. Tu mamá necesita descansar. Debe sanar su mente —respondió la abuela con la voz quebrada.

La pequeña comprendió que tenía que separarse de su madre; no volvería a escuchar su voz ni a ver sus ojos, ni a tomar su mano. Al día siguiente, ella y sus hermanos hicieron sus maletas para marcharse.

—Mamá... —susurró Mara al pie de la cama—. Por favor, recuérdame... volveré por ti.

—Su madre no respondió; apenas parpadeó con la mirada perdida, mientras la campana seguía tintineando en el aire. Mara salió de la habitación y se marchó con el corazón en pedazos, prometiéndose a sí misma que, pasara lo que pasara, haría todo lo posible para volver a estar con su madre.

REGRESO A CASA

El tiempo en casa de los abuelos transcurría con lentitud. Su abuela era muy buena y se preocupaba de que a sus nietos no les faltara nada. El abuelo, un hombre fuerte y de manos ásperas, los recibía con una mezcla de cariño y preocupación.

—¿Cómo están mis pequeños? —decía, intentando dibujar una sonrisa—. Aquí tendrán comida caliente y una cama donde descansar.

—Gracias, abuelito, pero... —Mara titubeaba, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Cuándo podré ver a mamá?

El abuelo bajaba la mirada, incapaz de darle una respuesta certera:

—No lo sabemos, hijita, necesita tiempo para curarse.

Cada noche, Mara se acostaba abrazada a sus hermanos pequeños, intentando consolarles cuando lloraban en busca de su madre.

—Tranquilos, pronto volveremos a casa —les susurraba, acariciándoles el cabello—. Sé que mamá nos extraña también.

Pasaron días, quizás semanas... para los niños, el tiempo era eterno.

Un día, mientras la abuela preparaba el almuerzo, Mara escuchó cómo hablaba en voz baja con su abuelo:

—Nuestra hija sigue muy mal, no reconoce a nadie, los doctores dicen que sufre una crisis nerviosa grave.

—¿Y los niños? ¿Qué les decimos? —respondió el abuelo tras un suspiro.

—No lo sé, debemos protegerlos, ellos deben de permanecer a nuestro lado.

—Nuestra hija... —Suspiraba el abuelo—. Nuestra hija...

Mara, con el corazón acelerado, se alejó sin hacer ruido. «Tengo que regresar a casa, a ver a mamá», pensó. Y así, empezó a idear un plan.

Una noche, cuando todo estaba en silencio y los abuelos dormían, Mara reunió a sus hermanos en la pequeña sala.

—Mañana nos iremos de aquí —les susurró con determinación—. Vamos a volver a casa, veremos a mamá.

—¿Estás segura? —preguntó el hermano menor con los ojos abiertos como platos—. La abuela se va a enojar.

—No me importa —contestó Mara—. Necesitamos a mamá, ella nos necesita—. Así era Mara, fuerte y decidida, eso lo había heredado de su padre.

Al día siguiente, muy temprano, Mara se levantó sin hacer ruido. Entró al cuarto de los abuelos... buscaba las

llaves, no las hallaba por ningún lugar; pasaban los minutos y Mara empezaba a desesperarse.

«Tenemos que ver a mamá», era el único pensamiento que daba vueltas en su cabeza, cuando en eso elevó la mirada y allí estaba el manojito de llaves que descansaba en la mesa de noche... Con cuidado, abrió la puerta principal y volvió a dejar las llaves en su sitio para no levantar sospechas. Despertó a sus hermanitos quienes la miraban con mezcla de miedo y emoción.

—¿Listos? —dijo, conteniendo la respiración.

—Sí —respondieron en coro, intentando no llorar.

Salieron de la casa con pasos sigilosos y emprendieron el camino hacia su antiguo hogar; Mara creía recordar la ruta, aunque solo tenía seis años.

—No se suelten de mi mano —ordenó—. Tenemos que ir juntos.

Caminaron casi media hora. Los hermanos empezaron a impacientarse.

—Mara, ¿falta mucho? —se quejó uno de ellos, con un puchero—. Me duelen los pies.

—Ya casi llegamos... —mintió Mara, sintiéndose un poco perdida.

En su interior, luchaba contra el miedo a extraviarse, pero la imagen de su madre la impulsaba a seguir adelante. Finalmente, divisó la gran avenida que cruzaba cerca de su barrio: coches y autobuses pasaban a toda velocidad.

—Tenemos que cruzar, ¿están listos? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí —contestaron, aunque sus rostros denotaban terror.

Esperaron varios minutos hasta que el tráfico cedió un poco.

—¡Ahora! —gritó Mara y, tomados de la mano, corrieron hasta la acera opuesta.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, se detuvieron. Les pareció más grande y silenciosa que nunca.

—¿Estás segura de que mamá está adentro? —preguntó uno de los niños, con voz temblorosa.

—Y si la llevaron al hospital —comentó el hermano más pequeño, con sus ojitos vidriosos a punto de llorar.

—Sí, ella está en su habitación. Tenemos que entrar por la puerta de atrás —dijo Mara, con su voz gruesa y muy segura.

Entraron a hurtadillas por la puerta falsa, esa que siempre estaba abierta. Atravesaron el patio con el corazón a punto de salirseles del pecho. Se escuchaba el murmullo de la televisión en la sala. Las criadas estaban distraídas viendo una telenovela.

—Cuando yo cuente tres, corremos directo al cuarto de mamá —susurró Mara—. Uno... dos... ¡tres!

Los niños se lanzaron a toda velocidad por las escaleras. Las criadas, sorprendidas, gritaron:

—¡Eh, ustedes, alto! ¡No pueden subir!

Pero los pequeños no se detuvieron. Subieron las escaleras y entraron en la habitación donde su madre yacía en la cama, sumida en un letargo profundo. Al sentir el estruendo, la mujer abrió los ojos con desconcierto.

—¡Mamá! —exclamó Mara—. Somos nosotros, hemos vuelto.

—Mamá, te extrañamos —dijo uno de los hermanos, con la voz quebrada por el llanto.

La madre, al ver a sus hijos, pareció recobrar la luz en la mirada. Poco a poco sus facciones se suavizaron, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Mis niños... —susurró, con la voz temblorosa—. ¿De dónde han salido? ¿Cómo llegaron hasta aquí?

Los hermanos se arrojaron sobre la cama, abrazándola con fuerza.

—Te queremos, mamá. ¡No nos dejes otra vez! ¡No nos queremos separa de tu lado! —gritaban, sollozando.

Ella, conmovida, los envolvió en sus brazos como si temiera perderles de nuevo. El amor de sus hijos le habían devuelto la luz, la claridad mental.

Transcurrían los días y la madre de Mara se recuperaba; los abuelos estaban felices, aunque el susto por la desaparición de los niños había sido terrible... ellos habían entendido que, de no haber sido por el amor de sus hijos, su querida hija no estaría de vuelta.

—Gracias, mi pequeña —le decía la abuela a Mara, acariciando sus cabellos—. Eres una niña muy valiente.



EL SUEÑO DE MARA

La imagen de «la casa de papel» se había quedado grabada en la mente de Mara desde sus primeros recuerdos, y no solo como un triste reflejo de su infancia, sino como un símbolo imborrable de todo lo que anhelaba superar.

Y aunque a menudo escuchaba a otros niños burlarse de su hogar, aun cuando las noches se llenaban del llanto ahogado de su madre, en lo profundo de su pequeño corazón latía una convicción inquebrantable: ¡su vida no estaría destinada a permanecer en esa penumbra!

Cada noche, al acostarse, Mara se encerraba en su mundo de sueños y deseos; con los ojos cerrados, se transportaba a un lugar distinto, un universo donde la tristeza y la precariedad se transformaban en belleza y esperanza.

Sentada en el rincón más oscuro de su habitación, se susurraba a sí misma:

—Mañana, cambiaré mi destino... no seré siempre prisionera de la casa de papel.

En ese mundo soñado, imaginaba una casa con techos altos y ventanas gigantescas que dejaban entrar la luz del

sol sin pedir permiso. Allí, los muebles eran bellos y firmes; cada rincón parecía susurrar promesas de seguridad. Caminaba descalza por un suelo que no crujía con cada paso, y al salir al jardín se encontraba rodeada de árboles frondosos y flores de mil colores.

—Mamá, ¿te imaginas? —dijo Mara en voz baja, como si dialogara con esa figura ideal que solo existía en su mente—. Un día, construiremos un hogar real, lleno de risas... sin lágrimas.

Mara era soñadora, sus sueños eran su refugio. Cerrar sus ojos, visualizar su futuro era su paz.

En uno de esos sueños, ella veía a su madre sonriendo sin miedo, sin el incesante llanto que solía marcar las noches. Recordaba aquella conversación íntima con la almohada, cuando la niña, con la inocencia de su corta edad, le prometía a la oscuridad:

—No permitiré que este dolor sea eterno. Aprenderé, estudiaré, y algún día, te veré feliz, mamá.

Una tarde, mientras se refugiaba en su pequeño rincón, la voz de su madre la sorprendió. La mujer se acercó con paso lento y mirada cansada, pero en sus ojos se podía leer la ternura.

—Mara, ¿de qué hablas? —preguntó suavemente, intentando descifrar las palabras de su hija.

Mara levantó la cabeza y, con voz decidida, pero temblorosa, respondió:

—Estoy soñando con un futuro distinto, mamá. Un futuro en el que no tengamos que preocuparnos por la escasez donde la mesa esté siempre llena y tú no llores cada noche.

La madre se sentó junto a ella y, tomando sus pequeñas manos, dijo con voz entrecortada:

—Mi niña, esos sueños tuyos son tan puros. Yo también anhelo ver un día en que la alegría reemplace a la pena.

—¡Te lo prometo! —replicó Mara con fervor—. Haré todo lo que esté en mis manos para cambiar nuestro destino. Estudiaré y trabajaré mucho, mamá, por ti y por mis hermanitos.

Algún día la vida sería diferente para la pequeña... sin sufrimiento y sin lágrimas.

Las palabras de Mara parecían encender una chispa de esperanza en la humilde habitación. La niña se imaginaba a sí misma, ya crecida, caminando por pasillos de escuelas luminosas, con libros en sus brazos y el rostro firme... Estaba decidida a dejar atrás la casa de papel. Durante esos momentos, su mente se llenaba de diálogos internos, casi como si pudiera conversar consigo misma y con un futuro brillante.

—Tú eres la dueña de tu destino —se repetía—. Nadie podrá arrebatarte el derecho a soñar.

Una noche, mientras la lluvia golpeaba suavemente el techo de la descuidada vivienda, Mara decidió escribir en un cuaderno que había encontrado; con trazos tímidos plasmó sus esperanzas y su determinación:

«Algún día, la casa de papel será solo un recuerdo distante. Construiré un hogar lleno de amor, paz y dignidad para mis hermanos y mi mamá. No volveremos a sentir el frío de la desesperanza ni volverá a llorar mamá».

Esa misma noche, al terminar de escribir, Mara se miró en el espejo viejo que colgaba en la pared; sus ojos, a pesar de la tristeza, brillaban con una intensidad que desafiaba la realidad.

—No importa lo que digan los demás —murmuró con una sonrisa tímida—, yo tengo el poder de cambiar mi historia.

El murmullo del viento parecía responder a sus palabras; en la oscuridad, la niña sentía que cada estrella en el cielo la alentaba, como si el universo entero conspirara para hacer de sus sueños una realidad.

—Mañana comenzaré a estudiar con más empeño —se dijo a sí misma—. Cada libro, cada lección, será el ladrillo con el que edifique el futuro que tanto anhelo.

Y así, entre susurros, llantos silenciosos y promesas al viento, Mara se sumergía en un mundo de sueños, donde la esperanza era tan tangible como la luz del alba. Cada noche era un compromiso renovado con la vida, una promesa de que, a pesar de los obstáculos y el dolor, el mañana sería distinto, y el sueño de una casa verdadera, construida con amor y dignidad, se convertiría en realidad.

EL AMIGO MIKI

Mara nunca había tenido muchas cosas propias; su ropa era escasa y la mayoría de sus vestidos eran hechos por su madre con telas baratas que compraba cuando tenía algo de dinero extra. Le encantaba verla coser, pero también le dolía saber que, muchas veces, su madre tenía que esperar, porque primero estaba ella y sus hermanos.

Los juguetes eran pocos y viejos, pasaban de una mano a otra. Sin embargo, había algo que era solo suyo, algo que ningún niño burlón, ninguna carencia y ningún dolor podían arrebatarse: su amigo Miki.

Miki era un perrito mestizo, pequeño y desgarbado, con un pelaje blanco manchado de tonos marrones. Nadie sabía exactamente cómo había llegado a la casa de papel, pero un día apareció, moviendo la cola con entusiasmo y mirándole como si la conociera de toda la vida. Desde entonces, fueron inseparables.

Cuando Mara lloraba en silencio, en su cama, Miki se acurrucaba a su lado y lamía sus lágrimas. Cuando su padre alzaba la voz y el miedo inundaba la casa, Miki se ponía en alerta, como si su pequeño cuerpo pudiera protegerla

de todo el mal del mundo. Cuando la tristeza la envolvía, él corría en círculos, hacía piruetas y ladraba hasta sacarle una sonrisa.

Miki no necesitaba palabras para entender el dolor de Mara, y Mara no necesitaba explicaciones para saber que Miki era su refugio. Pero un día, todo cambió.

Era una tarde calurosa, el sol caía con fuerza sobre las calles polvorientas cuando salieron a dar un paseo. A Miki le encantaba corretear alrededor de ella, moviendo la cola con alegría, disfrutando de la simpleza de estar juntos.

—¡No corras tanto, Miki! —Rio Mara, viéndolo brincar como loco. Pero en un descuido, Miki corrió hacia la calle justo cuando un auto venía a toda velocidad—. ¡Miki, no! —gritó Mara con todas sus fuerzas.

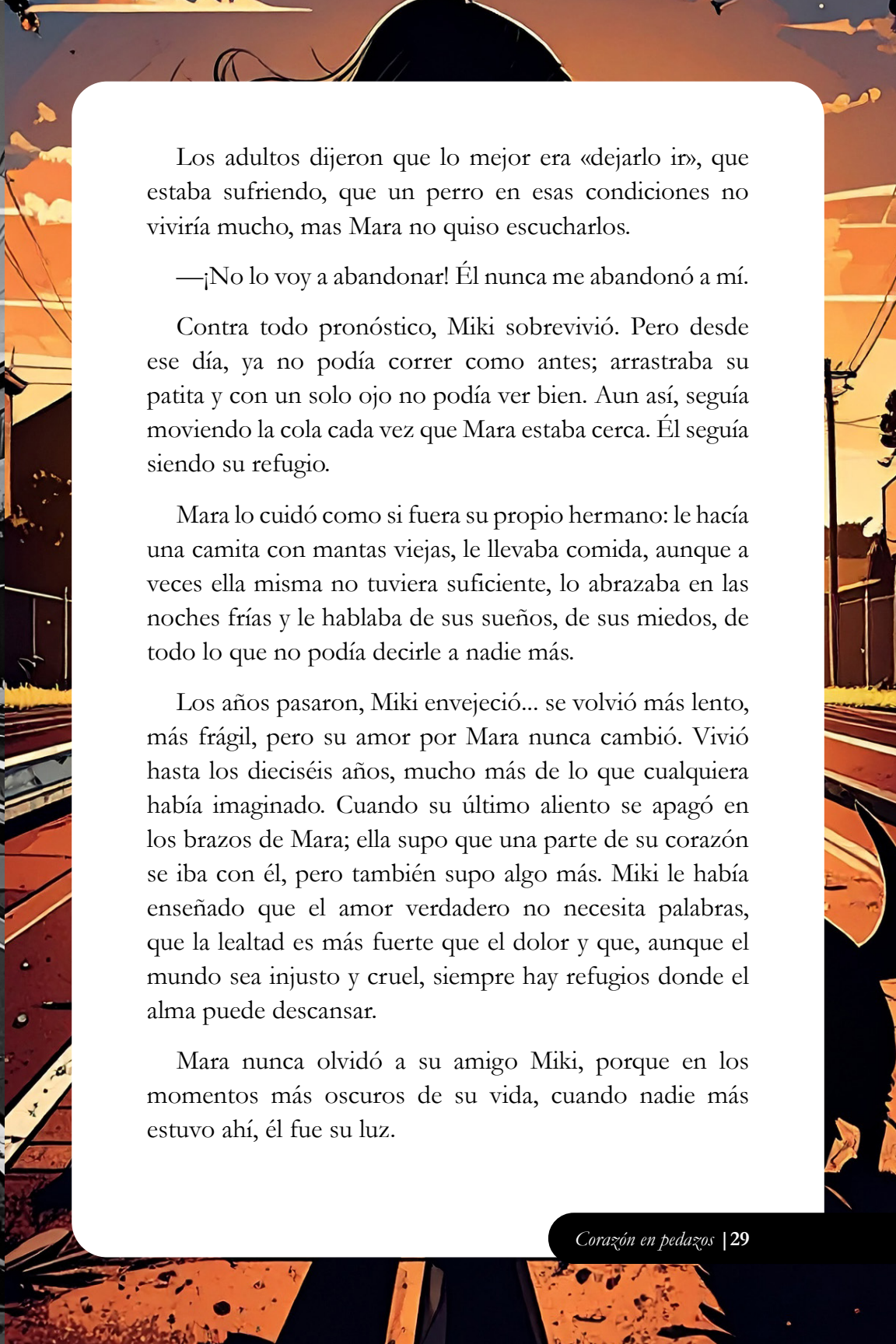
El sonido de los frenos chirriando fue lo último que escuchó antes de ver el pequeño cuerpo de su amigo rodar por el suelo. El mundo se detuvo...

Corrió hacia él, con el corazón desbocado, las lágrimas cayendo antes de que su mente pudiera procesarlo.

—No, no, no... Miki... —susurró, levantándolo con cuidado.

Miki temblaba, su respiración era pesada; su pata trasera estaba destrozada y su pequeño ojo izquierdo, que antes brillaba con vida, ahora estaba opaco y sin luz.

—Por favor... no me dejes... —Sollozó Mara, abrazándolo con desesperación.



Los adultos dijeron que lo mejor era «dejarlo ir», que estaba sufriendo, que un perro en esas condiciones no viviría mucho, mas Mara no quiso escucharlos.

—¡No lo voy a abandonar! Él nunca me abandonó a mí.

Contra todo pronóstico, Miki sobrevivió. Pero desde ese día, ya no podía correr como antes; arrastraba su patita y con un solo ojo no podía ver bien. Aun así, seguía moviendo la cola cada vez que Mara estaba cerca. Él seguía siendo su refugio.

Mara lo cuidó como si fuera su propio hermano: le hacía una camita con mantas viejas, le llevaba comida, aunque a veces ella misma no tuviera suficiente, lo abrazaba en las noches frías y le hablaba de sus sueños, de sus miedos, de todo lo que no podía decirle a nadie más.

Los años pasaron, Miki envejeció... se volvió más lento, más frágil, pero su amor por Mara nunca cambió. Vivió hasta los dieciséis años, mucho más de lo que cualquiera había imaginado. Cuando su último aliento se apagó en los brazos de Mara; ella supo que una parte de su corazón se iba con él, pero también supo algo más. Miki le había enseñado que el amor verdadero no necesita palabras, que la lealtad es más fuerte que el dolor y que, aunque el mundo sea injusto y cruel, siempre hay refugios donde el alma puede descansar.

Mara nunca olvidó a su amigo Miki, porque en los momentos más oscuros de su vida, cuando nadie más estuvo ahí, él fue su luz.



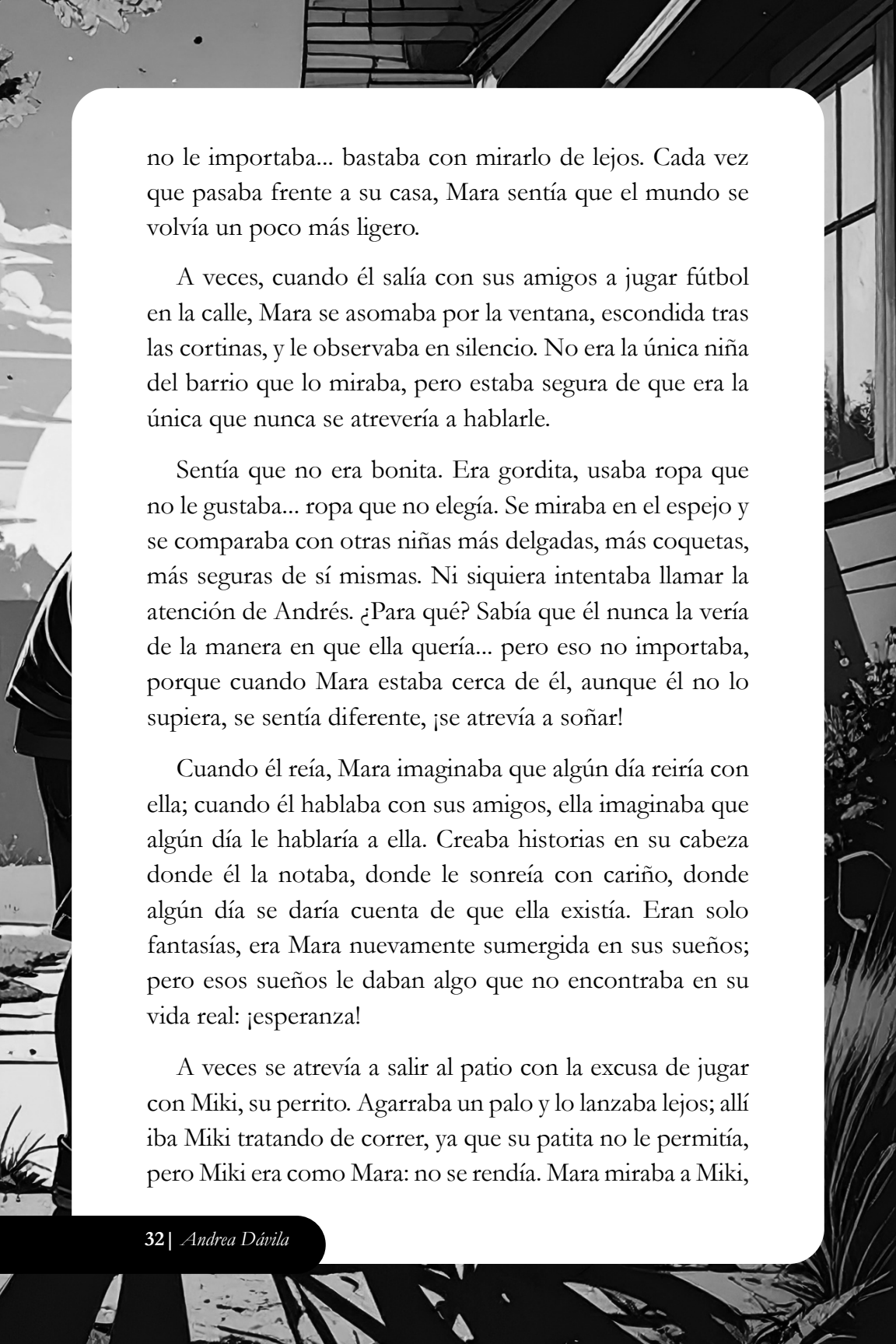
EL VECINO ANDRÉS

Mara tenía diez años; ya sabía que el amor no era algo bonito. Lo veía cada día en los ojos enrojecidos de su madre, en las noches que la escuchaba llorar por la ausencia de su padre, en los silencios pesados que llenaban la mesa a la hora de la cena. No podía ser bonito algo que dolía tanto; por eso, se había prometido a sí misma que nunca se casaría, que nunca dependería de un hombre, que nunca permitiría que alguien la hiciera sentir pequeña y rota como su madre. Pero entonces apareció él.

No recordaba exactamente cuándo comenzó a fijarse en su vecino. Tal vez fue una tarde en que lo vio arreglando su bicicleta en el patio de su casa... el sol iluminando su cabello oscuro. O quizás fue cuando escuchó su risa por primera vez, fuerte y despreocupada, tan distinta a los susurros y llantos a los que estaba acostumbrada.

De un momento a otro, su corazón empezó a latir más rápido cada vez que lo veía. Él se llamaba Andrés.

Era alto para su edad, con el cabello siempre despeinado y una sonrisa que parecía iluminarlo todo. No le hablaba mucho, apenas si notaba su existencia, aunque a Mara eso



no le importaba... bastaba con mirarlo de lejos. Cada vez que pasaba frente a su casa, Mara sentía que el mundo se volvía un poco más ligero.

A veces, cuando él salía con sus amigos a jugar fútbol en la calle, Mara se asomaba por la ventana, escondida tras las cortinas, y le observaba en silencio. No era la única niña del barrio que lo miraba, pero estaba segura de que era la única que nunca se atrevería a hablarle.

Sentía que no era bonita. Era gordita, usaba ropa que no le gustaba... ropa que no elegía. Se miraba en el espejo y se comparaba con otras niñas más delgadas, más coquetas, más seguras de sí mismas. Ni siquiera intentaba llamar la atención de Andrés. ¿Para qué? Sabía que él nunca la vería de la manera en que ella quería... pero eso no importaba, porque cuando Mara estaba cerca de él, aunque él no lo supiera, se sentía diferente, ¡se atrevía a soñar!

Cuando él reía, Mara imaginaba que algún día reiría con ella; cuando él hablaba con sus amigos, ella imaginaba que algún día le hablaría a ella. Creaba historias en su cabeza donde él la notaba, donde le sonreía con cariño, donde algún día se daría cuenta de que ella existía. Eran solo fantasías, era Mara nuevamente sumergida en sus sueños; pero esos sueños le daban algo que no encontraba en su vida real: ¡esperanza!

A veces se atrevía a salir al patio con la excusa de jugar con Miki, su perrito. Agarraba un palo y lo lanzaba lejos; allí iba Miki tratando de correr, ya que su patita no le permitía, pero Miki era como Mara: no se rendía. Mara miraba a Miki,

fingiendo que solo quería verlo correr, pero en realidad, su corazón latía con fuerza esperando que Andrés apareciera... y cuando él lo hacía, aunque fuera por unos segundos, el mundo de Mara se volvía un lugar distinto.

—¡Miki, ven aquí! —murmuraba, tratando de actuar con naturalidad mientras el perrito movía la cola con emoción.

A veces, Andrés le dirigía una mirada rápida, distraída, sin importancia.

Una tarde, mientras Mara fingía jugar con Miki, él pasó caminando por la acera.

—Bonito perro —dijo con una media sonrisa antes de seguir su camino.

Fueron solo dos palabras... dos palabras que hicieron que el corazón de Mara se acelerara como nunca antes.

No le importaba que él no la mirara más de unos segundos; no le importaba que probablemente olvidaría ese momento en cuestión de minutos. Para Mara, esas dos palabras eran todo, pero nunca pasó nada.

Él nunca la miró de la manera en que ella quería; nunca la buscó, nunca se dio cuenta de lo que ella sentía, pero Mara no estaba triste por eso, porque por primera vez en su vida había sentido algo bonito... algo que no venía acompañado de gritos, de traiciones, de lágrimas en la almohada, algo que era suyo y de nadie más.

Tal vez algún día, cuando fuera mayor y más fuerte, entendería lo que realmente era el amor... un amor diferente al que había visto en su casa, uno que no doliera.

Pero por ahora, su pequeño secreto, su vecino, su ilusión... le bastaban para escapar, aunque fuera por un momento de la oscuridad de su mundo.



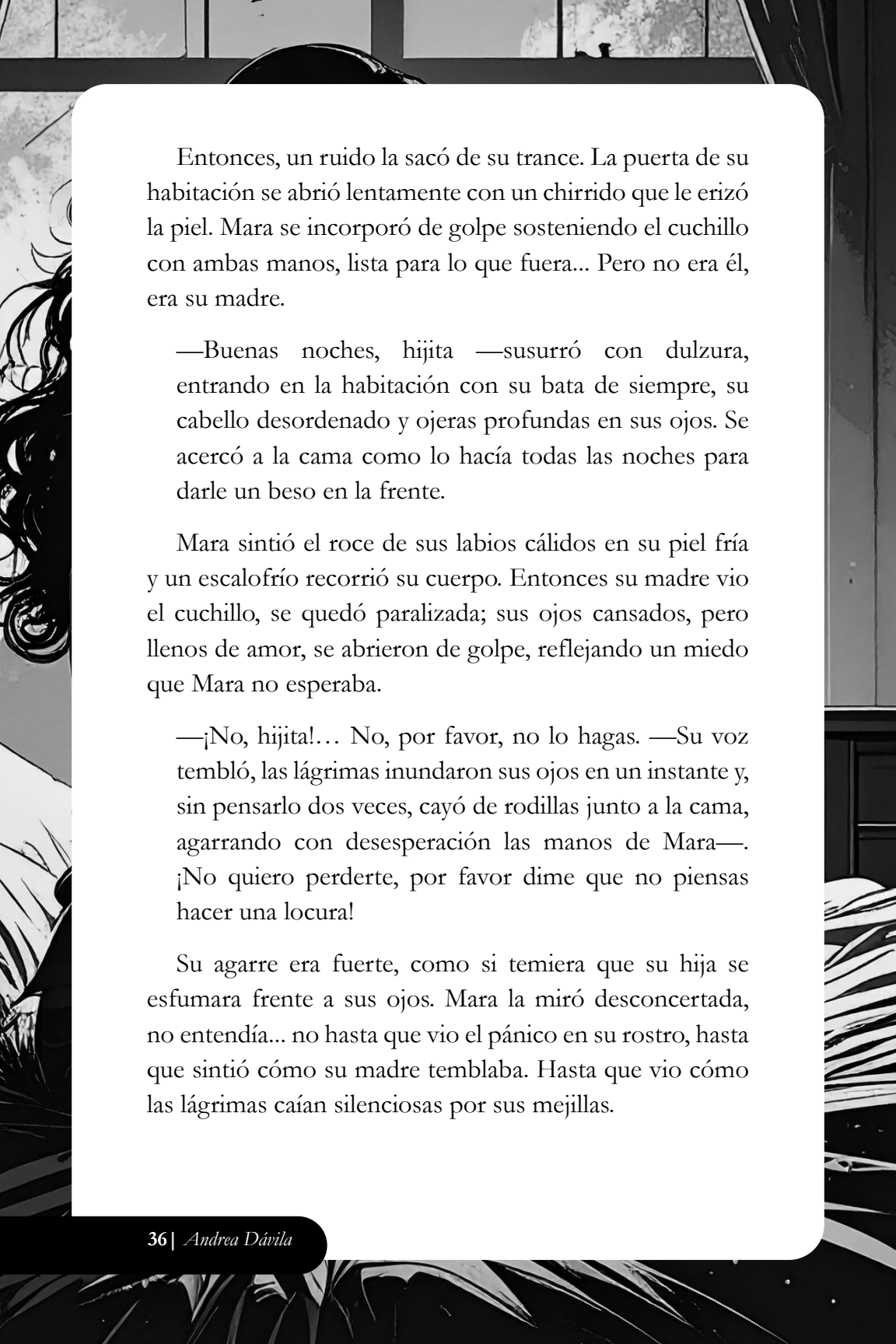
YA NO PUEDO MÁS

La noche envolvía la casa en un silencio inquietante. Afuera, la brisa fría se colaba por las rendijas de la ventana, haciendo que las cortinas se movieran suavemente como si fueran sombras vivas. Todos dormían o al menos eso parecía. ¡Mara no!

Acostada en su cama, con la mirada fija en el techo, sentía el frío del metal entre sus dedos. El cuchillo no era grande, pero tenía filo. Lo había tomado de la cocina antes de subir a su habitación y lo había escondido bajo su almohada... Esa noche, todo iba a terminar.

El miedo ya no la iba a paralizar. No más susurros en la oscuridad, no más pesadillas con los ojos abiertos, no más sentirse atrapada en su propia casa. Su respiración era rápida, su pulso errático, pero su decisión era firme.

¡No más! Apretó el mango con fuerza. Se repetía una y otra vez que esta vez no se quedaría quieta, que esta vez haría algo. Su mente repasaba cada instante de terror que había vivido, cada lágrima que su madre había derramado en silencio, cada momento en que su voz fue ignorada.



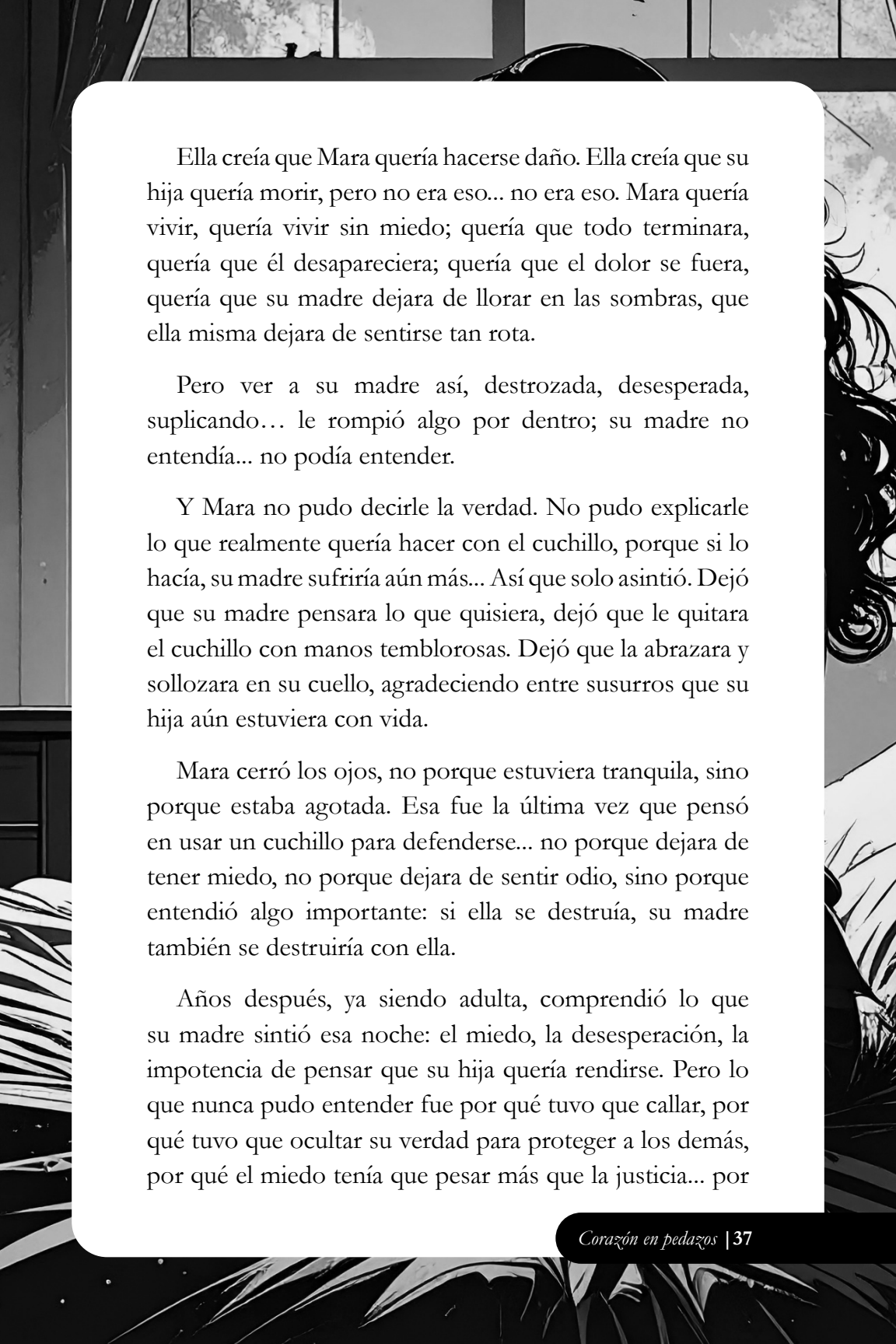
Entonces, un ruido la sacó de su trance. La puerta de su habitación se abrió lentamente con un chirrido que le erizó la piel. Mara se incorporó de golpe sosteniendo el cuchillo con ambas manos, lista para lo que fuera... Pero no era él, era su madre.

—Buenas noches, hijita —susurró con dulzura, entrando en la habitación con su bata de siempre, su cabello desordenado y ojeras profundas en sus ojos. Se acercó a la cama como lo hacía todas las noches para darle un beso en la frente.

Mara sintió el roce de sus labios cálidos en su piel fría y un escalofrío recorrió su cuerpo. Entonces su madre vio el cuchillo, se quedó paralizada; sus ojos cansados, pero llenos de amor, se abrieron de golpe, reflejando un miedo que Mara no esperaba.

—¡No, hijita!... No, por favor, no lo hagas. —Su voz tembló, las lágrimas inundaron sus ojos en un instante y, sin pensarlo dos veces, cayó de rodillas junto a la cama, agarrando con desesperación las manos de Mara—. ¡No quiero perderte, por favor dime que no piensas hacer una locura!

Su agarre era fuerte, como si temiera que su hija se esfumara frente a sus ojos. Mara la miró desconcertada, no entendía... no hasta que vio el pánico en su rostro, hasta que sintió cómo su madre temblaba. Hasta que vio cómo las lágrimas caían silenciosas por sus mejillas.



Ella creía que Mara quería hacerse daño. Ella creía que su hija quería morir, pero no era eso... no era eso. Mara quería vivir, quería vivir sin miedo; quería que todo terminara, quería que él desapareciera; quería que el dolor se fuera, quería que su madre dejara de llorar en las sombras, que ella misma dejara de sentirse tan rota.

Pero ver a su madre así, destrozada, desesperada, suplicando... le rompió algo por dentro; su madre no entendía... no podía entender.

Y Mara no pudo decirle la verdad. No pudo explicarle lo que realmente quería hacer con el cuchillo, porque si lo hacía, su madre sufriría aún más... Así que solo asintió. Dejó que su madre pensara lo que quisiera, dejó que le quitara el cuchillo con manos temblorosas. Dejó que la abrazara y sollozara en su cuello, agradeciendo entre susurros que su hija aún estuviera con vida.

Mara cerró los ojos, no porque estuviera tranquila, sino porque estaba agotada. Esa fue la última vez que pensó en usar un cuchillo para defenderse... no porque dejara de tener miedo, no porque dejara de sentir odio, sino porque entendió algo importante: si ella se destruía, su madre también se destruiría con ella.

Años después, ya siendo adulta, comprendió lo que su madre sintió esa noche: el miedo, la desesperación, la impotencia de pensar que su hija quería rendirse. Pero lo que nunca pudo entender fue por qué tuvo que callar, por qué tuvo que ocultar su verdad para proteger a los demás, por qué el miedo tenía que pesar más que la justicia... por

qué soportaba la presencia de su hermano, si ella sabía que era un monstruo, si ella sabía que debía hablar, pero sus labios se sellaban y un tornado de emociones transitaba por su frágil cuerpo.



UN DOLOR LIBERADOR

El 5 de diciembre amaneció gris.

Mara despertó sintiendo el cuerpo pesado, como si el cansancio de todas las noches sin dormir se hubiera acumulado en sus huesos. Tenía fiebre, le dolía la cabeza, la garganta... todo.

—No me siento bien, papá —dijo con voz débil.

Su padre, sentado en la mesa con su café negro, apenas la miró de reojo.

—No estás tan enferma. Levántate y vete a la escuela.

Mara sintió una rabia sorda subirle por el pecho. ¿Por qué tenía que hacer siempre lo que él decía? ¿Por qué nunca le importaba a él cómo se sentía?

Quiso protestar, pero sabía que no serviría de nada. Su padre no era de los que discutían, era de los que ordenaban... y en esa casa, las órdenes no se cuestionaban.

Se vistió a regañadientes, sintiendo la ropa pegársele al cuerpo sudoroso. Sus piernas apenas la sostenían cuando salió de la casa; sintió el aire frío de la mañana golpearle el

rostro. Caminó sin ver, sin pensar, con el enojo ardiéndole por dentro.

A lo lejos, escuchó que sus compañeros de clase la llamaban:

—¡Maraaa!

Pero no tenía ganas de hablar con nadie, hizo un gesto de fastidio y siguió adelante... fue entonces cuando todo cambió.

Un rugido de motor. Un grito lejano. Un golpe brutal. Todo se volvió negro. Sintió que su cuerpo volaba por el aire, como si el tiempo se hubiera detenido por un segundo... Y luego, la caída. Un crujido seco, un estallido de dolor. El suelo la recibió con la frialdad de la muerte.

Su clavícula se rompió al instante, cuando su hombro derecho golpeó el pavimento. Su pierna izquierda quedó torcida de una manera que no parecía natural.

Gritos. Voces desconocidas. Manos moviéndola. Dolor. Tanto dolor.

—¡No la muevan! ¡Llamen a una ambulancia!

El cielo giraba sobre su cabeza. Su respiración era rápida, entrecortada. Dolía. Dolía demasiado.

En el hospital, todo fue aún más borroso. Voces graves hablaban sobre ella, mencionaban cosas que no entendía del todo. Hasta que una frase la congeló:

—Habrá que amputarle la pierna.

Mara quiso gritar.

—No. No. No...

Y entonces, la voz de su padre, fuerte, furiosa, como nunca antes la había oído:

—¡No van a tocarle la pierna! ¡No la van a mutilar! ¡Me la llevo de aquí!

Mara apenas podía mantenerse consciente, pero sintió algo extraño en el pecho. No era que no quería a su padre. Lo quería. Siempre lo había querido. Él Era inteligente, fuerte; podía ser bueno cuando quería, pero no podía perdonarlo. No después de ver a su madre sufrir una y otra vez. No después de las noches de llanto, de los engaños, de la tristeza en su hogar. Y; sin embargo, ese día, su padre fue su héroe.

Pasaron de hospital en hospital, todo el día; ella en una camilla, gritando de dolor en silencio, con lágrimas rodándole por las mejillas. Hasta que finalmente, en la noche, lograron operarla.

Cuando despertó, el dolor seguía ahí, pero había cambiado. Era un dolor que la mantenía en cama, que la hacía frágil, que la obligaba a recibir cuidados y atención. Era un dolor que la protegía.

Esa noche, mientras miraba el techo del hospital, una idea extraña cruzó su mente. Ya no le podían hacer daño. Estaría enferma. Necesitaría descanso. Nadie la molestaría. ¡Nadie podría tocarla!

Por primera vez en su vida, el dolor se sintió como un alivio.



UN LUGAR SEGURO

El hospital olía a frío.

Era un olor estéril, afilado, como si pudiera cortar el aire: alcohol, desinfectante, medicamentos y, debajo de todo eso, un leve rastro de tristeza.

Mara llevaba varios días ahí.

Encerrada entre paredes blancas, luces que nunca se apagaban del todo, y enfermeras que entraban sin anunciarse.

Los doctores le decían que su recuperación sería lenta. Que tendría que hacer fisioterapia. Que necesitaba descansar, comer bien, dormir. Pero a ella no le importaba. Por primera vez en su vida, estaba lejos de casa... lejos de él.

Ya no tenía que contener la respiración cada vez que la puerta de su habitación se abría. Ya no vivía con los nervios hechos nudos, con el cuerpo en alerta como un animal asustado.

Ya no había gritos ni amenazas susurradas al oído. Ni la culpa disfrazada de afecto.

Ahí, entre las sábanas ásperas del hospital, Mara estaba rota... pero estaba a salvo.

Su madre la visitaba todos los días. Llevaba caldos que Mara apenas probaba; ropa limpia que le ayudaba a ponerse. Un libro viejo que nadie leía. Se sentaba a su lado en silencio, con la mirada cansada y las manos temblorosas.

Una tarde, mientras el sol se filtraba débilmente por la ventana, su madre habló por fin.

—Te ves mejor hoy.

Su voz era baja, casi como si tuviera miedo de romper el momento. Mara giró la cabeza lentamente.

—No es verdad —respondió, sin suavidad.

Su madre bajó la mirada, sin contradecirla, sabía que no podía arreglarla con palabras bonitas. Que no se trataba de apariencia, ni de fiebre ni de huesos, era algo más profundo.

—Lo siento, hija —susurró su madre—. Ojalá pudiera hacer más.

Mara la observó.

Tenía el rostro marcado por los años y la culpa. Esa culpa silenciosa que arrastraba desde siempre. Y aunque quería odiarla por no haberla protegido, también quería abrazarla, porque sabía que ella también vivía con miedo.

Transcurrieron los días, llegó el momento del alta; los médicos dijeron que ya podía irse. Le entregaron los papeles, las instrucciones, una bolsa con medicamentos,

todo envuelto en la falsa sensación de “ya estás mejor”, pero no lo estaba.

En la sala de espera, mientras su madre hablaba con la recepcionista, Mara la interrumpió con voz temblorosa.

—¿Puedo quedarme un poco más?

Su madre frunció el ceño, sorprendida.

—No, hija... ya estás bien. Nos esperan en casa.

«Nos esperan», esa frase le cayó como una piedra al estómago. Sabía perfectamente quién la esperaba. Sabía lo que eso significaba. No dijo nada más. Se subió al auto en silencio.

El trayecto fue largo, aunque no durará más de veinte minutos.

Cuando llegaron; la casa estaba igual que siempre. Desgastada. Frágil. Una casa de papel.

Su padre estaba en la sala, se acercó a saludar a su hija cariñosamente; Mara por un momento pensó: «¿Y si papá cambiara? ¿Y si ya no engañara a mamá? Sin duda, las cosas estarían mejor; al menos tendría una preocupación menos, un dolor menos».

Hubo un momento de silencio que le pareció eterno, que fue interrumpido por el televisor. Mara entró con su pierna vendada, el brazo en cabestrillo, el alma hecha trizas.

Él la miró. Una mirada breve. Ni una palabra. Volvió a clavar los ojos en la pantalla.

Para él, ella era eso: una interrupción. Un ruido molesto en el fondo de su rutina.

Para ella, él era el monstruo que se escondía a plena vista.

Esa noche, cuando se acostó en su cama, la herida en su pierna palpitaba con fuerza, pero lo que más dolía no era eso. Era el eco del miedo que volvía a instalarse.

Cada latido le recordaba que estaba viva. Cada respiración le recordaba que seguía ahí. Cada sombra en la habitación parecía decirle: «Vas a volver a pasar por lo mismo».

Mara cerró los ojos con fuerza.

En ese momento lo supo. Si quería sobrevivir, tenía que escapar. Ya no bastaba con resistir. Ya no bastaba con desear que todo cambiara. No podía seguir esperando a que su madre la salvara, tenía que hacerlo ella.

Tenía que encontrar un lugar seguro, aunque tuviera que construirlo desde cero. Aunque nadie la entendiera. Aunque doliera, porque vivir con miedo no era vivir.

Y ella estaba decidida a vivir de verdad.



TODO ERA GRIS

Después del accidente, todo cambió. No solo su cuerpo; su forma de ver el mundo también.

El dolor físico se fue calmando con el tiempo, pero el emocional se quedó. Silencioso. Presente.

Lo único bueno de todo aquello, era que el monstruo nunca volvió a tocarla.

Como si el destino hubiese intervenido; como si el accidente hubiera sido el precio para liberar su cuerpo de esa sombra que la perseguía desde niña. Pero esa “libertad” llegó con un costo alto.

Mara pasó su adolescencia entre hospitales, cirugías, anestesias y salas frías, mientras otras chicas vivían fiestas, amores, sueños: ella vivía rutinas de recuperación. Y; sin embargo, siempre sonreía.

—¿Cómo haces para estar tan feliz todo el tiempo?
—le preguntó una enfermera una tarde, mientras le cambiaba los vendajes.

Mara miró al techo blanco del hospital. Sus labios dibujaron una sonrisa automática... la de siempre.

—Porque si me ven triste, preguntan demasiado... —
respondió con voz suave.

Era su escudo. Su trinchera. Parecía alegre, pero por dentro, todo era gris.

El dolor de su niñez no se iba; no importaba cuánto tiempo pasara, ni cuántos libros leyera ni cuántos abrazos recibiera, siempre estaba ahí.

Ese vacío. Esa rabia. Ese asco. Esa mezcla de emociones que no sabía nombrar... pero que la invadía entera.

En su casa, todo seguía igual: su padre ausente, o peor, presente con mentiras; su madre apagada, viviendo en piloto automático.

Una noche, escuchó la misma discusión de siempre.

—¡Todo es mentira, te lo juro! —gritaba su padre.

—¡Siempre dices lo mismo y al final siempre es una mentira más! —respondió su madre con la voz rota.

Mara se encerró en su cuarto. Se tapó los oídos, pero ya era tarde. Lo que escuchaba no era nuevo; era repetido... dolorosamente repetido. Y eso la marcaría para siempre.

Los años pasaron, llegó el momento de elegir su futuro. Ella tenía un sueño claro desde hacía tiempo:

—Mamá... quiero estudiar Psicología —le dijo una mañana, mientras tomaban café.

—Me parece hermoso, hija. Te veo ayudando a muchas personas —le respondió su madre con una ternura que parecía haberse despertado solo por un instante.

Pero el verdadero problema era él: su padre.

—¿Psicología? No. No vas a perder el tiempo en eso —sentenció con voz firme—. Estudias ingeniería, eso sí te va a dar dinero.

Mara tragó saliva. Quiso gritar. Quiso decirle todo lo que pensaba, pero se quedó en silencio. Y accedió, porque a veces —para sobrevivir— una mujer aprende a callar, y Mara ya era experta en eso.

—Está bien, papá. Ingeniería entonces —dijo, bajando la mirada.

Con los años, entendió que todo debía ser así; no porque su padre tuviera razón, sino porque el camino estaba escrito para enseñarle algo más profundo.

A veces, los desvíos también te llevan a ti misma.

Mara no se convirtió en ingeniera, se convirtió en una mujer despierta, en construcción y con muchas respuestas aún por encontrar. Aunque trataba de ver colores en su vida, aun veía todo gris.

«¿Algún día será todo distinto? ¿Algún día seré feliz?», se preguntaba Mara.

Esa lucha interna de encontrar la felicidad en algún momento debía de darle muestras de esperanza. Y sí, había días que empezaba a notar que el sol, aunque tímido, estaba ahí. Y eso... ya era un gran comienzo.

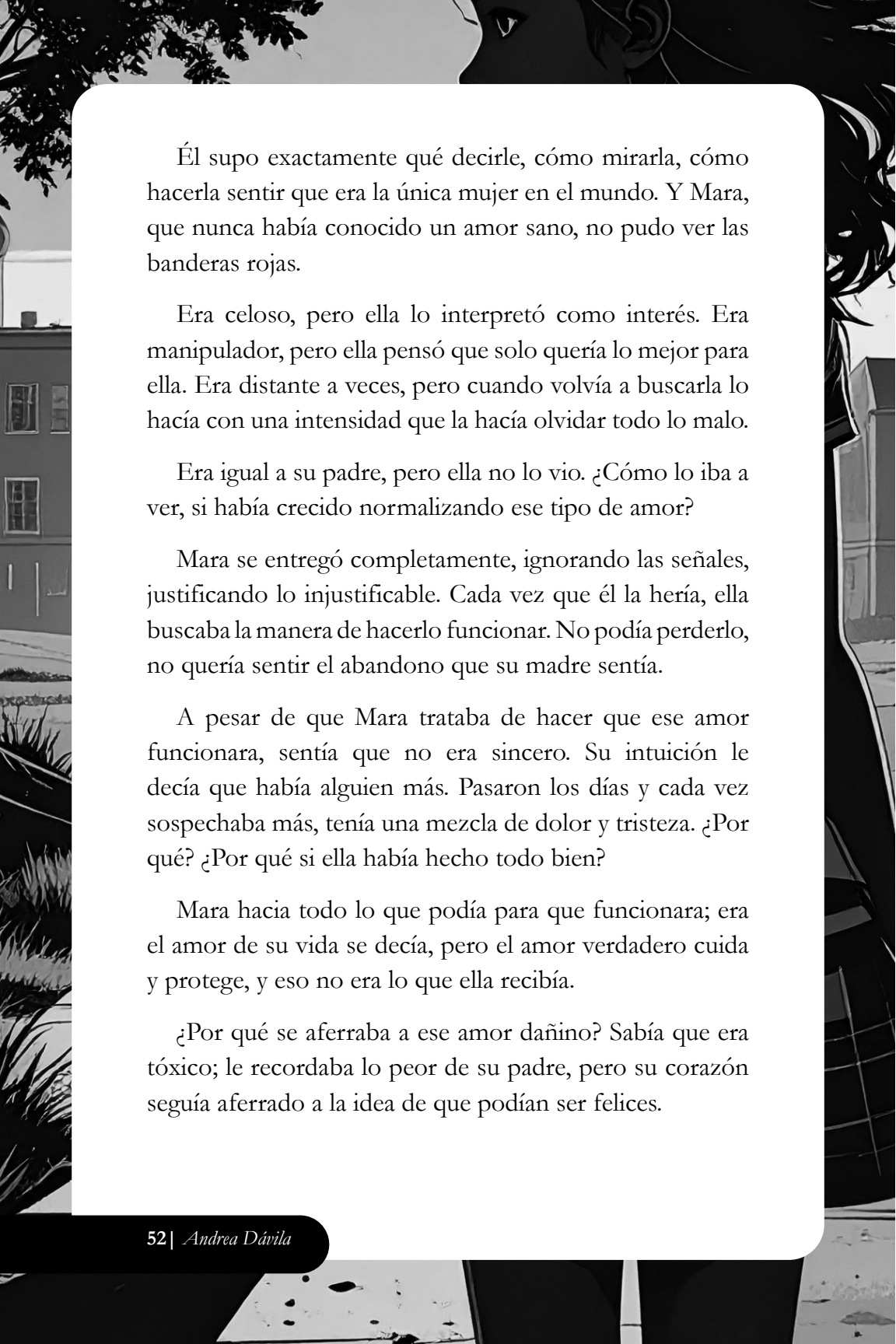


EL PRIMER AMOR NO SIEMPRE ES EL BUENO

Mara nunca se había enamorado, solo esa ilusión que había sentido de niña por su vecino era lo mas cercana que había estado al amor. No es que no le interesara el amor, pero simplemente no creía en él.

Después de ver a su madre llorar tantas noches, después de escuchar las mentiras de su padre que le juraba a su madre que era mentira cuando su infidelidad hasta tenía olor... saber que él jamás cambiaría después de crecer con la idea de que el amor significaba dolor, traición y abandono... ¿cómo iba a entregarse a alguien sin miedo?

Sin embargo, un día en la universidad, todo cambió. Lo vio y algo dentro de ella se movió. Fue solamente un cruce de miradas y eso cambió su vida para siempre. Estaba en clase de Matemáticas; miró hacia atrás y allí estaba él, con un vestir muy pulcro y una postura de seguridad, un poco altiva. Sintió algo raro en ella, ¿sería que el amor era posible?



Él supo exactamente qué decirle, cómo mirarla, cómo hacerla sentir que era la única mujer en el mundo. Y Mara, que nunca había conocido un amor sano, no pudo ver las banderas rojas.

Era celoso, pero ella lo interpretó como interés. Era manipulador, pero ella pensó que solo quería lo mejor para ella. Era distante a veces, pero cuando volvía a buscarla lo hacía con una intensidad que la hacía olvidar todo lo malo.

Era igual a su padre, pero ella no lo vio. ¿Cómo lo iba a ver, si había crecido normalizando ese tipo de amor?

Mara se entregó completamente, ignorando las señales, justificando lo injustificable. Cada vez que él la hería, ella buscaba la manera de hacerlo funcionar. No podía perderlo, no quería sentir el abandono que su madre sentía.

A pesar de que Mara trataba de hacer que ese amor funcionara, sentía que no era sincero. Su intuición le decía que había alguien más. Pasaron los días y cada vez sospechaba más, tenía una mezcla de dolor y tristeza. ¿Por qué? ¿Por qué si ella había hecho todo bien?

Mara hacía todo lo que podía para que funcionara; era el amor de su vida se decía, pero el amor verdadero cuida y protege, y eso no era lo que ella recibía.

¿Por qué se aferraba a ese amor dañino? Sabía que era tóxico; le recordaba lo peor de su padre, pero su corazón seguía aferrado a la idea de que podían ser felices.

Pero en el fondo, algo dentro de ella supo que, si seguía ahí, terminaría como su madre: vacía, rota, esperando a un hombre que nunca cambiaría.

Y luego un día que tomó la decisión de terminar; ese día había vivido algo terrible y cuando se lo contó, él no la apoyó... ese día sintió que mejor era estar sola.

Y aunque su historia con él terminó en ese momento... Todavía no había acabado del todo.

Cuando dejó a su primer amor, sintió que una parte de ella moría. Él la había decepcionado, pero igual dolía.

Quería demostrarle que sí era digna de amor, pero el amor no se trata de eso. El amor no es luchar para que alguien te elija. El amor no es sufrir para que alguien cambie. El amor no es mendigar lo que debería ser incondicional.

Su primer amor no fue el bueno, pero fue el que le mostró todo lo que no quería volver a vivir, pero... la historia no acabó allí.





UN TARDE TRÁGICA

La tarde avanzaba de manera lenta, el calor se filtraba por los ventanales del segundo piso de la empresa. Mara tenía la cabeza inclinada sobre un cúmulo de papeles y planillas de pago. Revisaba los cierres del mes, con la frente arrugada y la mandíbula apretada. El tic tac del reloj parecía marcar el ritmo de su concentración. Todo era rutina. Todo era normal, hasta que no lo fue.

Alzó la vista por instinto, como si algo invisible le rozara el alma. Y entonces lo vio.

Un hombre, alto, con pasamontañas negro y una metralleta colgando del pecho avanzaba con decisión por la puerta principal. Los ojos de Mara se agrandaron. No pudo reaccionar, solo giró lentamente la cabeza hacia la izquierda... y ahí venía otro, también armado.

—¿Qué... qué está pasando? —susurró sin saber si hablaba para sí o si esperaba respuesta del universo, pero no era un mal sueño.

No era un simulacro. Era real. Y el caos no tardó en explotar.

—¡Al piso, carajo! —gritó uno de ellos, levantando el arma al aire.

Gritos. Órdenes. Objetos cayendo. Vidrios rotos. El eco de botas corriendo por los pasillos. Algunos trabajadores intentaban esconderse; otros eran empujados a golpes hacia una oficina pequeña cerca de la entrada. Todos fueron reducidos en cuestión de segundos; todos, menos ella.

Mara, la única mujer en toda la fábrica, quedó atrapada en el centro de la tormenta... sola, parada, junto a su escritorio en la oficina grande.

Uno de los asaltantes la vio y se acercó a paso rápido.

—¡Tú! ¡Abre la caja fuerte! —le ordenó, apuntándole directo al rostro.

Mara tragó saliva, pero su voz salió firme.

—No tengo la combinación —respondió con una mezcla de furia y desafío.

—¡Mientes, *hija de puta*! ¡Ábrela ya! —gruñó el hombre, golpeando la mesa con la culata del arma.

—Ya se llevaron la plata en la mañana, no hay nada.

El tipo la miró, dudó un segundo y, luego, se fue dando patadas a los muebles. Estaba nervioso. Se notaba. Desesperado. Saquearon los camiones del depósito, rompieron puertas buscando más dinero. Y, aun así, Mara no temblaba.

No era miedo lo que sentía. Era otra cosa. Era odio. Era rabia. Era una furia callada que quemaba desde el estómago.

—Basura —murmuró entre dientes, con los puños cerrados bajo la mesa.

En un momento, uno de ellos apoyó su metralleta en el escritorio mientras abría un cajón buscando algo. Por un segundo fugaz, Mara pensó en tomarla. Su mirada fue directa al arma; un impulso le gritó que lo hiciera, pero sus manos no se movieron.

«¿Qué voy a hacer con un arma si no sé usarla?», pensó, maldiciéndose por dentro. Entonces, todo cambió. Un par de manos la sujetaron con fuerza por los brazos. Otro hombre se acercó y le apoyó el cañón del arma en la sien.

—¡Camina! —le ordenó con voz ronca.

La empujaron hacia otra oficina más pequeña, alejada. Nadie vio. Nadie escuchó.

Y aun así... Aún con el frío del metal en su cabeza. Aún con la brutalidad de esos minutos. Aún con el asco que se le pegó a la piel como un veneno invisible... no tuvo miedo, porque eso... eso ya lo había vivido antes. Y había sobrevivido.

Se repetía a sí misma, como un mantra silencioso: «No pueden tocar mi mente. No pueden tocar mi corazón».

Aunque su cuerpo temblara. Aunque le doliera cada fibra. Aunque el alma se le desgarrara por dentro. Solo sentía asco. Asco por ellos. Asco por el mundo. Asco por

seguir respirando en una sociedad donde el dolor ajeno se volvió cotidiano.

Cuando finalmente los hombres se marcharon, alguien la llevó de regreso con los demás, como si nada hubiera pasado... como si no la hubieran roto. Y entonces, uno de ellos, que la había tocado, la miró. Ojos oscuros detrás de un pasamontaña. Vacíos. Fríos.

—Disculpa por lo que te hicimos —murmuró antes de girarse y desaparecer por la puerta.

Mara lo miró fijo, con el alma encendida en fuego.

—¿Disculpa? —susurró, con una voz que no era suya, era una mezcla de dolor, rabia y desprecio.

Esa palabra quedó suspendida en su mente. Grabada a fuego.

No era miedo lo que sentía. Era indignación. Era una herida nueva que se sumaba a las viejas. Una herida que no iba a cerrar fácilmente y que nunca iba a olvidar.



EL SILENCIO DESPUÉS DEL GRITO

El sonido de los motores alejándose marcó el final o, al menos, eso parecía.

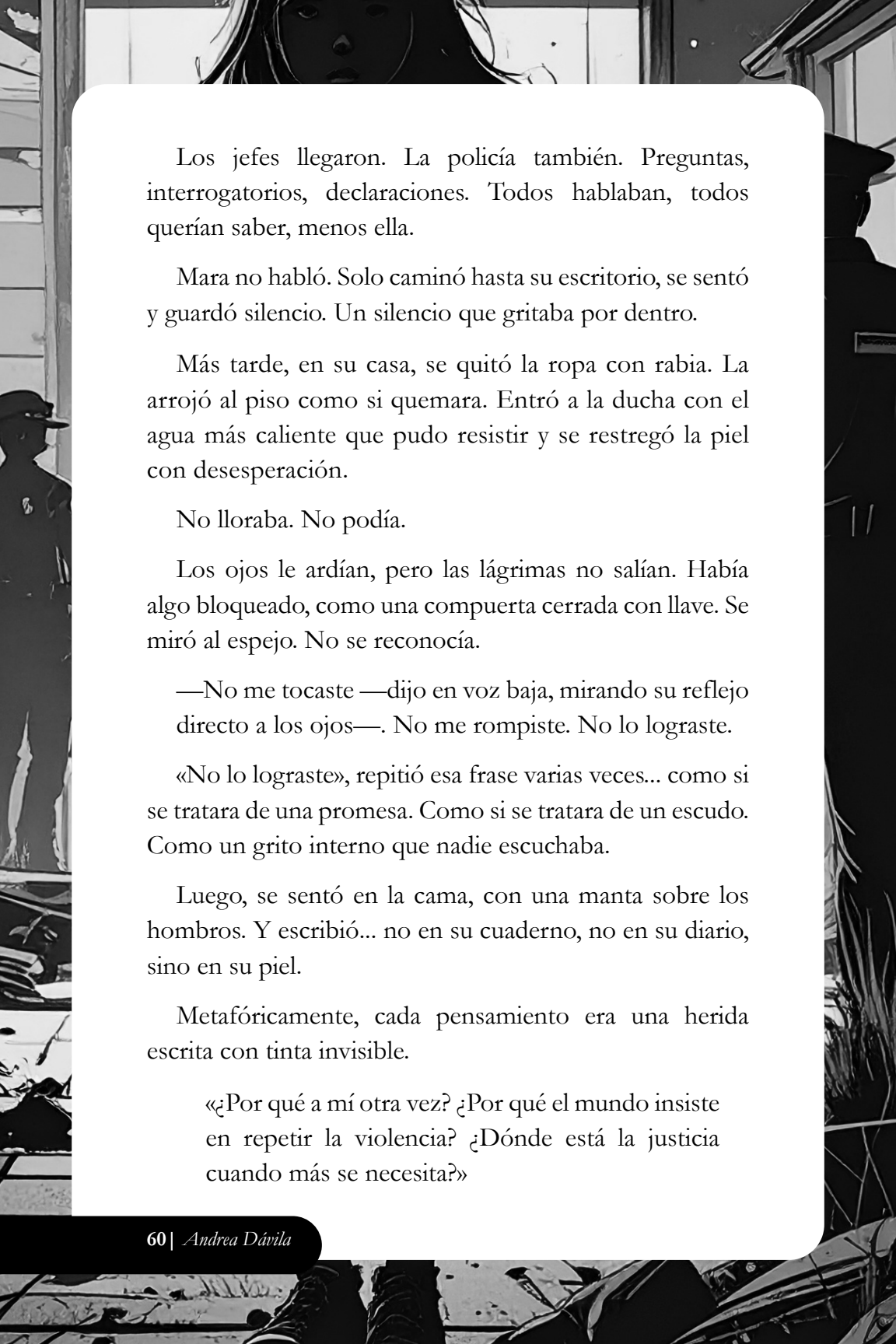
Los ladrones se fueron. El caos quedó atrás. Pero el silencio que siguió fue peor.

Los empleados salieron lentamente de la oficina donde habían estado encerrados. Algunos lloraban, otros no podían hablar. Miraban a su alrededor como si despertaran de una pesadilla. Uno de los conductores se acercó a Mara.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz temblorosa, mirándola con ojos llenos de miedo.

Mara no respondió. Solo asintió una vez, con la mirada fija en el suelo.

Estaba con el rostro desencajado. Tenía el cabello revuelto, la blusa rasgada, las manos marcadas por la fuerza con la que la habían sujetado. Pero lo que más dolía era invisible.



Los jefes llegaron. La policía también. Preguntas, interrogatorios, declaraciones. Todos hablaban, todos querían saber, menos ella.

Mara no habló. Solo caminó hasta su escritorio, se sentó y guardó silencio. Un silencio que gritaba por dentro.

Más tarde, en su casa, se quitó la ropa con rabia. La arrojó al piso como si quemara. Entró a la ducha con el agua más caliente que pudo resistir y se restregó la piel con desesperación.

No lloraba. No podía.

Los ojos le ardían, pero las lágrimas no salían. Había algo bloqueado, como una compuerta cerrada con llave. Se miró al espejo. No se reconocía.

—No me tocaste —dijo en voz baja, mirando su reflejo directo a los ojos—. No me rompiste. No lo lograste.

«No lo lograste», repitió esa frase varias veces... como si se tratara de una promesa. Como si se tratara de un escudo. Como un grito interno que nadie escuchaba.

Luego, se sentó en la cama, con una manta sobre los hombros. Y escribió... no en su cuaderno, no en su diario, sino en su piel.

Metafóricamente, cada pensamiento era una herida escrita con tinta invisible.

«¿Por qué a mí otra vez? ¿Por qué el mundo insiste en repetir la violencia? ¿Dónde está la justicia cuando más se necesita?»

Cerró los ojos y vio el rostro cubierto de aquel hombre, su voz pidiendo disculpas: «Disculpa por lo que te hicimos...» Se le revolvió el estómago.

—No fue un error —susurró—. Fue una elección. Fue cobardía disfrazada de disculpa.

Esa noche, mientras el mundo dormía, Mara entendió que lo vivido no podía simplemente enterrarse. Esa herida tenía que transformarse en algo. En fuego. En fuerza. En memoria. En revolución.





EL DOLOR DE UNA MADRE

La lluvia caía con fuerza esa tarde, como si el cielo también llorara por dentro. Las gotas golpeaban los cristales del ventanal con insistencia, mientras Mara arrastraba los pies por el pasillo de su casa, con el alma hecha pedazos.

Cada paso que daba, pesaba más que el anterior. Cada respiración, le costaba un poco más.

Era como si su cuerpo caminara, pero su espíritu se hubiese quedado atrapado en aquella oficina, en aquel día... en aquel infierno.

Entró directo al baño sin saludar, sin mirar a nadie. Cerró la puerta con suavidad, pero con la firmeza de quien necesita que el mundo deje de existir por un momento.

Frente al espejo, apenas se reconocía. Tenía los ojos rojos, el rostro hinchado, y una expresión que gritaba sin emitir sonido alguno.

Abrió la cartera y la volcó sobre el lavabo. Los papeles cayeron como hojas secas: la denuncia policial, los formularios, las notas que había escrito apenas unas horas después de lo vivido.

Un susurro, apenas audible, escapó de sus labios:

—¿Por qué a mí?... ¿Por qué a mí?... ¿Por qué a mí?

La frase se repetía como un rezo invertido. No buscaba consuelo, buscaba sentido... pero no lo encontraba.

Se dejó caer al suelo, abrazando sus rodillas, dejando que las lágrimas finalmente hablaran por ella. Y lloró. Lloró como no lo hacía desde niña. No por lo que pasó, sino por todo lo que había sentido y callado. Por las veces anteriores. Por las heridas viejas. Por esa sensación constante de estar sola incluso cuando estaba rodeada.

De repente, la puerta del cuarto se abrió con cuidado.

Su madre entró sin hacer ruido. Había sentido el peso de algo extraño desde que su hija cruzó el umbral de la casa sin mirarla a los ojos. Algo no estaba bien. El corazón de madre lo supo desde el primer segundo.

Al ver la cartera abierta y los papeles esparcidos en la mesita. Sus manos temblaban. Sus ojos saltaban de línea en línea. Y entonces... lo supo.

—Dios mío... —murmuró, llevándose una mano al pecho.

El contenido de esos documentos le golpeó el alma con la fuerza de una tormenta. Su hija había sido víctima de un asalto, pero no solo eso. Había sido ultrajada, humillada, dejada sola en un mundo que no tuvo piedad con ella. Sintió que el aire le faltaba, que el suelo se abría.

—No puede ser... —susurró—. No, mi hija.

«Tengo que estar con ella», pensó la mama, limpiándose las lágrimas.

—No puede cargar esto sola.

Esa noche, la madre volvió a la habitación de Mara. Entró sin hacer ruido, como una sombra protectora. Su hija dormía o al menos lo intentaba. Su cuerpo temblaba bajo las sábanas, como si incluso el descanso le doliera. No la despertó. Solo se sentó en una silla, al borde de la cama, y esperó. Esperó a que el sol asomara y le diera permiso de hablar.

Y cuando la primera luz de la mañana iluminó el rostro cansado de su hija, la miró directo a los ojos y dijo, con voz suave, pero firme:

—Ya sé todo, mi amor.

Mara se quedó en silencio. No se movió. No sabía si llorar, gritar o simplemente desaparecer.

—Leí todo... —continuó su madre, con lágrimas en los ojos—. Y me duele, hija. Me duele como si me hubieran arrancado el alma.

El llanto de Mara llegó sin aviso. Y con él, su voz quebrada:

—No era solo eso, mamá... —susurró—. No fue la primera vez.

Su madre palideció. El mundo pareció detenerse.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando era chica... —Mara tragó saliva—. Cuando era de noche, papá no estaba y tú dormías... cuando todos dormían —volvió a repetir— el venía a mi cuarto..

El silencio que siguió fue brutal.

Su madre se tapó la boca. Su cuerpo se encogió.

—No... no puede ser...

—Siempre pensé que lo sabían —dijo Mara, con el alma en pedazos—, que lo intuían. Que me veían.

—No, hija... no lo sabíamos. ¡Te lo juro por Dios! ¡Si lo hubiéramos sabido...!

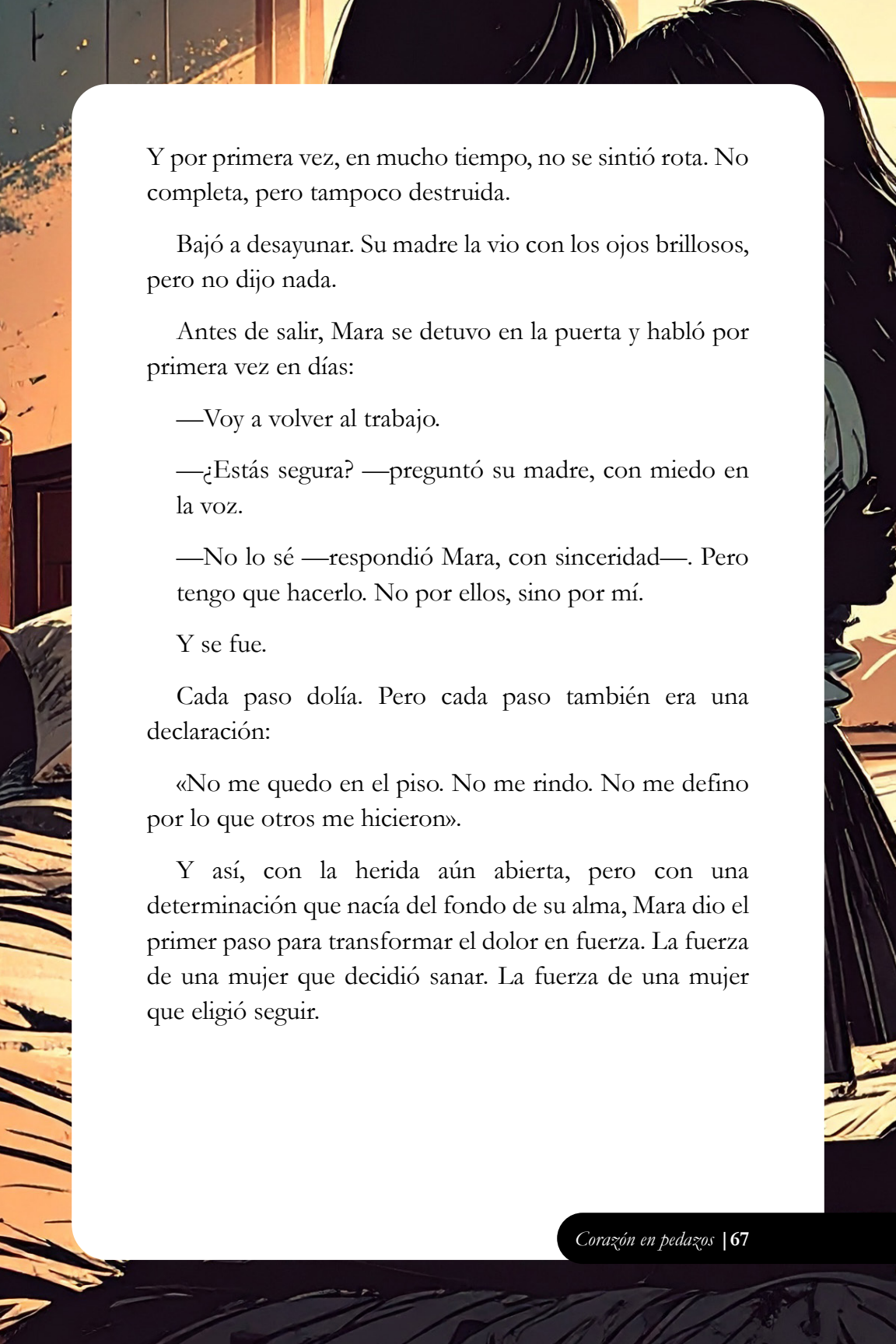
Pero ya era tarde. La herida estaba abierta. Y ahora también lo estaba la verdad.

No volvió a tocar ese tema hasta muchos años después. No sabe qué paso, si su madre le comentó a su padre. No sabía y no quería saber. La justicia para ese delito no iba a llegar aún; Mara solo quería dormir y dormir, y olvidarse de todo.

Los días siguientes fueron bruma. Mara no hablaba mucho. Dormía largas horas, pero el descanso no era real. Soñaba con sombras, con voces, con pasillos oscuros; comía poco, apenas lo suficiente para no desmayarse. Su madre la cuidaba en silencio, sin presionarla.

Fueron dos semanas de letargo, de duelo, de rabia sin nombre.

Hasta que una mañana, sin previo aviso, Mara se levantó. Se duchó. Se vistió. Se peinó con calma. Se miró al espejo.



Y por primera vez, en mucho tiempo, no se sintió rota. No completa, pero tampoco destruida.

Bajó a desayunar. Su madre la vio con los ojos brillosos, pero no dijo nada.

Antes de salir, Mara se detuvo en la puerta y habló por primera vez en días:

—Voy a volver al trabajo.

—¿Estás segura? —preguntó su madre, con miedo en la voz.

—No lo sé —respondió Mara, con sinceridad—. Pero tengo que hacerlo. No por ellos, sino por mí.

Y se fue.

Cada paso dolía. Pero cada paso también era una declaración:

«No me quedo en el piso. No me rindo. No me defino por lo que otros me hicieron».

Y así, con la herida aún abierta, pero con una determinación que nacía del fondo de su alma, Mara dio el primer paso para transformar el dolor en fuerza. La fuerza de una mujer que decidió sanar. La fuerza de una mujer que eligió seguir.



UN AMOR BUENO Y UN CORAZÓN CONFUNDIDO

Habían pasado varios meses desde aquel día oscuro en la empresa. Mara ya no era la misma.

El miedo no se había ido del todo, pero había aprendido a vivir con él, a caminar a su lado sin que la detuviera. Y también, en un acto de profunda valentía, había puesto fin a esa relación tóxica que durante tanto tiempo la mantuvo encadenada al dolor.

No podía olvidar sus palabras cuando le contó lo sucedido en la empresa y él le dijo: «¿Y tú que sentiste?», esa frase terminó por destruirla y terminar esa relación. Ya no quería más sombras. Ya no quería mendigar amor.

Una tarde de sábado, mientras estaba en su habitación leyendo un libro con la mirada perdida más allá de las palabras, entró su hermana menor con su energía habitual y una sonrisa traviesa.

—¡Dale, Mara! ¡Cámbiate! Vamos a un matrimonio — dijo con tono de orden más que de sugerencia.

Mara levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Un matrimonio? ¿Quién se casa?

—Una amiga mía, pero va a estar bueno. Música, comida rica, gente linda... ¡y tú necesitas salir, por favor!

—No sé, Clara... —suspiró—. Hace tiempo que no voy a nada. No tengo ganas.

—Precisamente, por eso te hará bien. Vamos, aunque sea un rato.

Mara dudó. Miró el vestido colgado en su perchero. Respiró hondo. «Está bien», pensó. «Un rato no me va a matar». Y se cambió. Se puso un vestido color melón sencillo, pero bonito. Se maquilló apenas. Y salió.

La música sonaba fuerte. Las luces parpadeaban sobre la pista de baile. El ambiente estaba lleno de risas, copas tintineando y personas que parecían brillar de alegría.

Mara se quedó en una esquina, observando. Se sentía extraña, como si estuviera mirando desde afuera, como si su cuerpo estuviera ahí, pero su alma aún estuviera lejos... hasta que lo vio.

Un joven alto, de sonrisa cálida y ojos honestos, se acercó con seguridad.

—¿Bailas? —preguntó, extendiendo la mano.

Mara dudó por un segundo, luego asintió.

—Está bien.

La música cambió a una canción animada, de esas que invitan a moverse sin preocuparse demasiado por el ritmo.

Mientras bailaban, él la miró a los ojos y dijo con naturalidad:

—Qué buena música, ¿no?

—Sí... está muy buena —respondió Mara, sonriendo sin darse cuenta.

Bailaron. Conversaron. Rieron.

Era un joven respetuoso. Hablaba sin apuro, sin buscar impresionar. Sus preguntas eran genuinas, su presencia tranquila.

Mara, en medio de la pista, se sorprendió a sí misma comparándolo con su ex pareja. La diferencia era abismal.

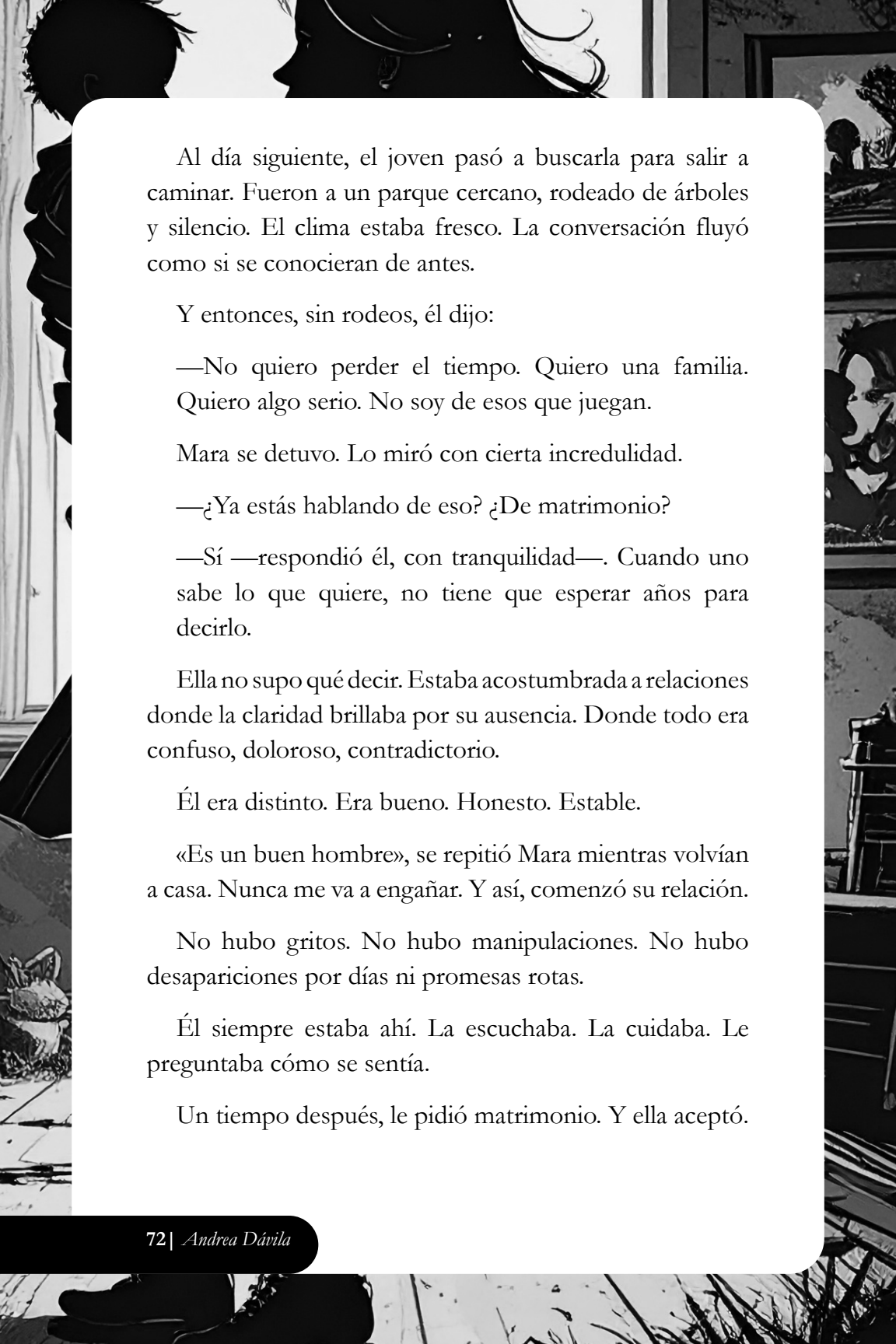
«No más sufrimiento. No más engaños. No más hombres que me hagan sentir menos», se repitió.

Al final de la noche, mientras la música bajaba de volumen, el joven se acercó y le preguntó:

—¿Te gustaría que nos viéramos otra vez?

Mara lo miró con cierta sorpresa. No estaba acostumbrada a hombres que preguntaran con respeto, sin urgencias ni juegos.

—Sí... me gustaría —dijo. Lo sintió sincero.



Al día siguiente, el joven pasó a buscarla para salir a caminar. Fueron a un parque cercano, rodeado de árboles y silencio. El clima estaba fresco. La conversación fluyó como si se conocieran de antes.

Y entonces, sin rodeos, él dijo:

—No quiero perder el tiempo. Quiero una familia. Quiero algo serio. No soy de esos que juegan.

Mara se detuvo. Lo miró con cierta incredulidad.

—¿Ya estás hablando de eso? ¿De matrimonio?

—Sí —respondió él, con tranquilidad—. Cuando uno sabe lo que quiere, no tiene que esperar años para decirlo.

Ella no supo qué decir. Estaba acostumbrada a relaciones donde la claridad brillaba por su ausencia. Donde todo era confuso, doloroso, contradictorio.

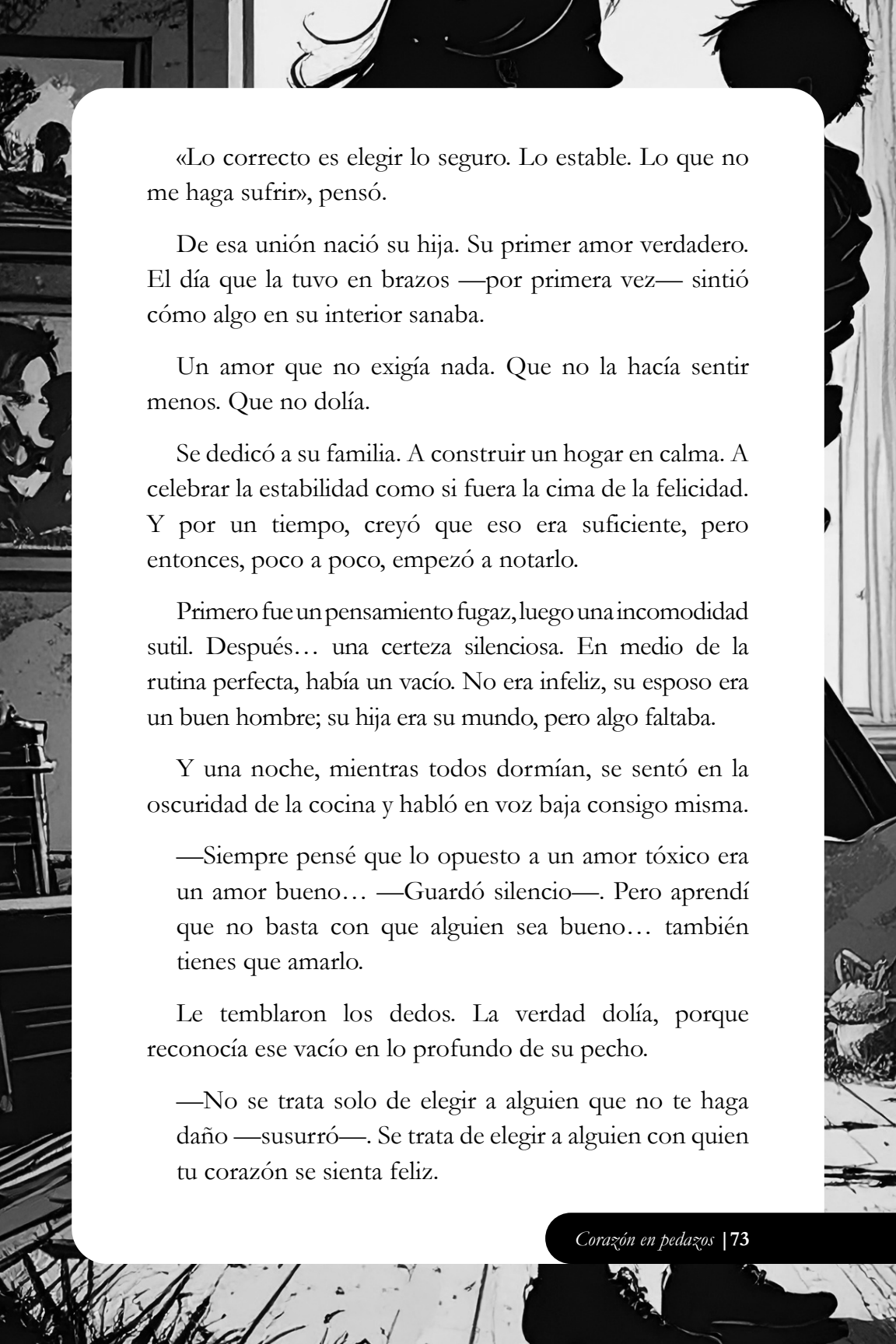
Él era distinto. Era bueno. Honesto. Estable.

«Es un buen hombre», se repitió Mara mientras volvían a casa. Nunca me va a engañar. Y así, comenzó su relación.

No hubo gritos. No hubo manipulaciones. No hubo desapariciones por días ni promesas rotas.

Él siempre estaba ahí. La escuchaba. La cuidaba. Le preguntaba cómo se sentía.

Un tiempo después, le pidió matrimonio. Y ella aceptó.



«Lo correcto es elegir lo seguro. Lo estable. Lo que no me haga sufrir», pensó.

De esa unión nació su hija. Su primer amor verdadero. El día que la tuvo en brazos —por primera vez— sintió cómo algo en su interior sanaba.

Un amor que no exigía nada. Que no la hacía sentir menos. Que no dolía.

Se dedicó a su familia. A construir un hogar en calma. A celebrar la estabilidad como si fuera la cima de la felicidad. Y por un tiempo, creyó que eso era suficiente, pero entonces, poco a poco, empezó a notarlo.

Primero fue un pensamiento fugaz, luego una incomodidad sutil. Después... una certeza silenciosa. En medio de la rutina perfecta, había un vacío. No era infeliz, su esposo era un buen hombre; su hija era su mundo, pero algo faltaba.

Y una noche, mientras todos dormían, se sentó en la oscuridad de la cocina y habló en voz baja consigo misma.

—Siempre pensé que lo opuesto a un amor tóxico era un amor bueno... —Guardó silencio—. Pero aprendí que no basta con que alguien sea bueno... también tienes que amarlo.

Le temblaron los dedos. La verdad dolía, porque reconocía ese vacío en lo profundo de su pecho.

—No se trata solo de elegir a alguien que no te haga daño —susurró—. Se trata de elegir a alguien con quien tu corazón se sienta feliz.

Y aunque le costaba admitirlo... Mara no se sentía feliz. No del todo. No como ella creía que debía sentirse el amor real.



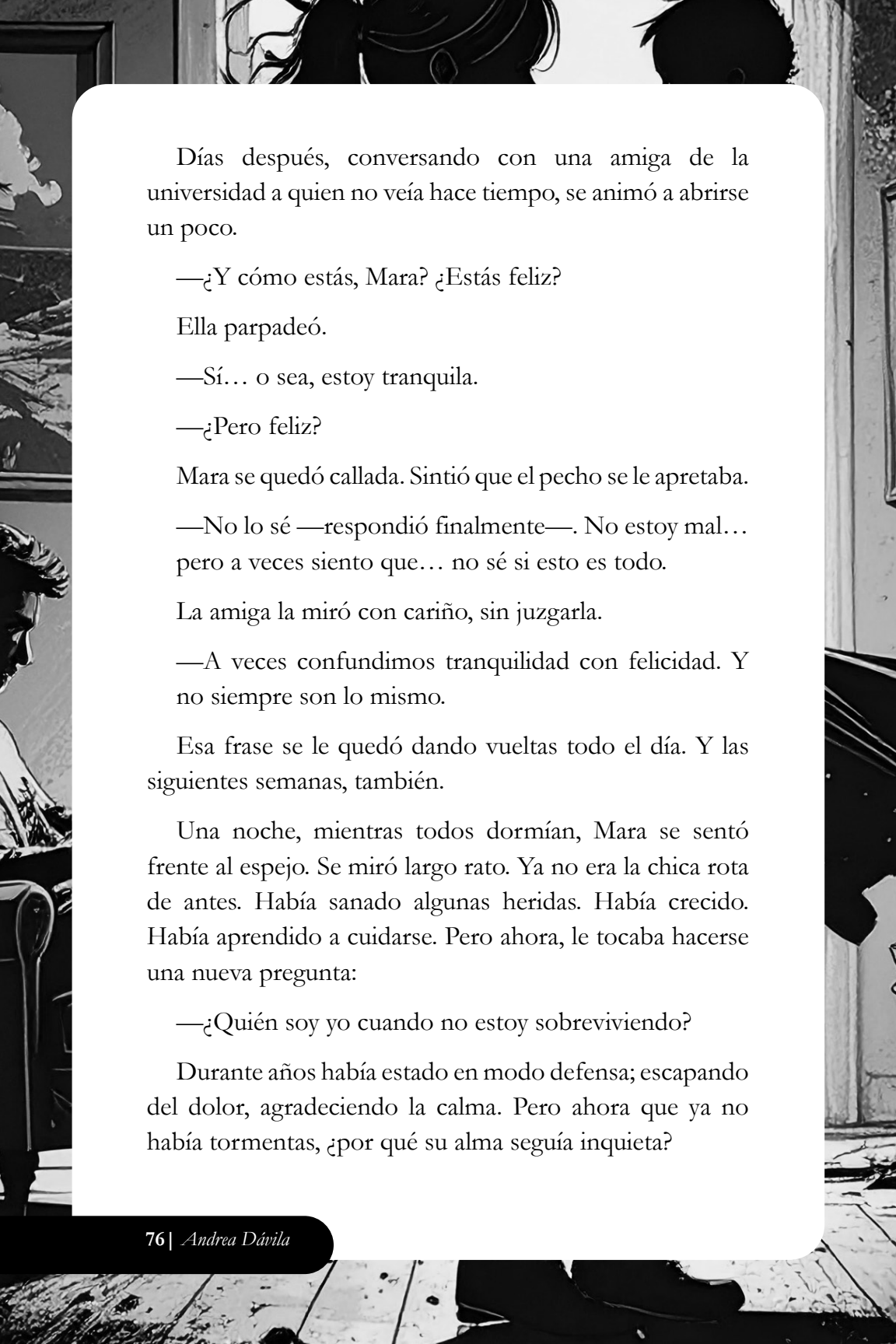
LA CONFUSIÓN EMOCIONAL

Las mañanas en casa eran tranquilas. El sonido de la tetera hirviendo, el olor del pan recién tostado, el correteo de su hija por el pasillo, y él, siempre atento, preparando el café.

Todo parecía estar bien. Pero en el fondo... no lo estaba. Mara se sentía confundida. Era como si estuviera viviendo una vida ajena, como si todos los días interpretara un papel. Sabía sonreír, sabía decir «Gracias», sabía cumplir cada rol: madre, esposa, mujer responsable. Pero por dentro, había una incomodidad que no se iba.

Una mañana, mientras su hija jugaba en la alfombra y su esposo leía el periódico en la sala, Mara lo miró. Lo observó en silencio, con una taza en las manos. Era un buen hombre. Cariñoso. Puntual. Trabajador. Nunca la había hecho llorar. Nunca le había alzado la voz. Nunca había jugado con su mente ni con su dignidad. Y aun así... había algo que no podía explicar. Algo que no terminaba de encajar. Se sentó en la mesa del comedor, con el corazón apretado.

—¿Qué me pasa? —murmuró para sí, mirando por la ventana.



Días después, conversando con una amiga de la universidad a quien no veía hace tiempo, se animó a abrirse un poco.

—¿Y cómo estás, Mara? ¿Estás feliz?

Ella parpadeó.

—Sí... o sea, estoy tranquila.

—¿Pero feliz?

Mara se quedó callada. Sintió que el pecho se le apretaba.

—No lo sé —respondió finalmente—. No estoy mal... pero a veces siento que... no sé si esto es todo.

La amiga la miró con cariño, sin juzgarla.

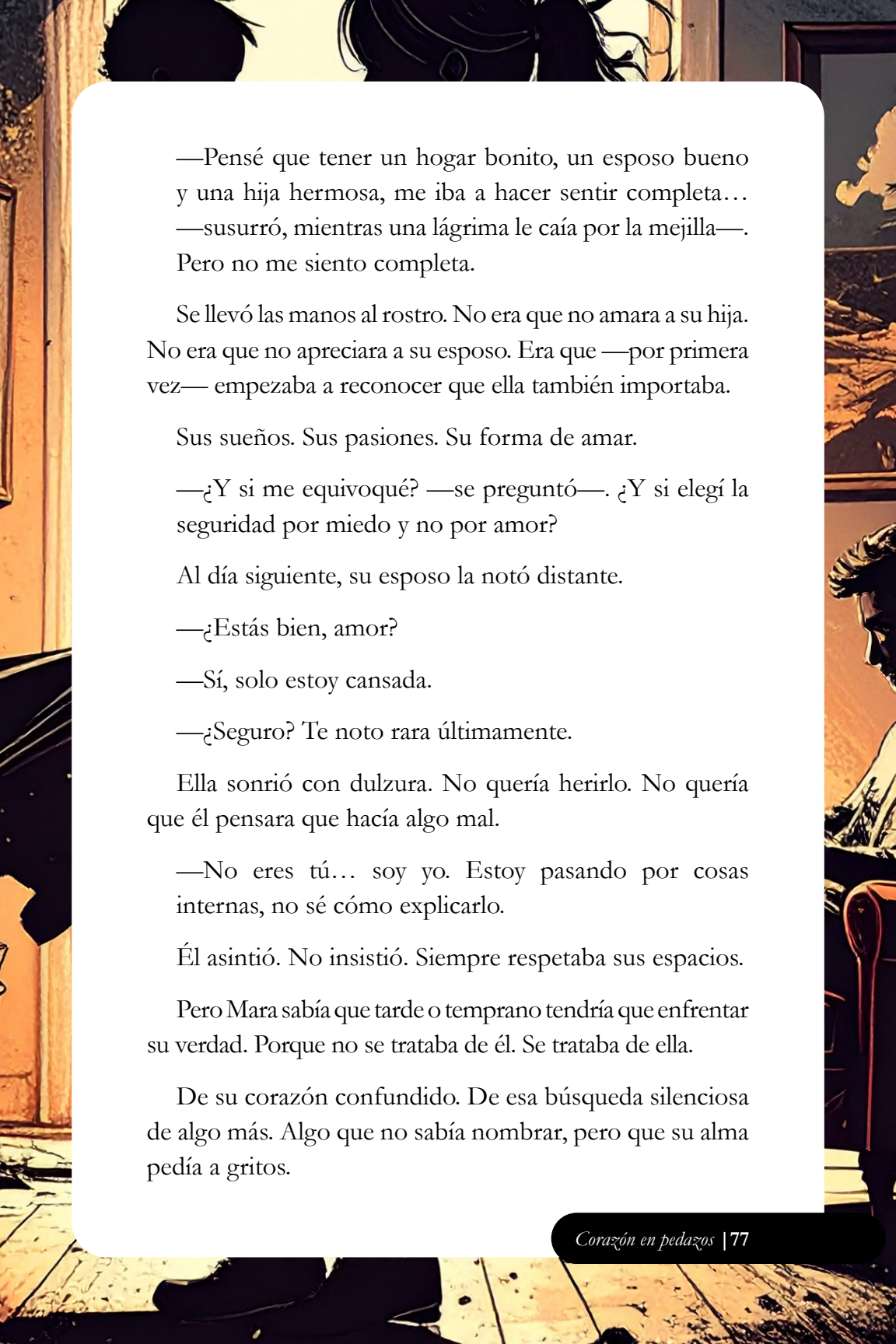
—A veces confundimos tranquilidad con felicidad. Y no siempre son lo mismo.

Esa frase se le quedó dando vueltas todo el día. Y las siguientes semanas, también.

Una noche, mientras todos dormían, Mara se sentó frente al espejo. Se miró largo rato. Ya no era la chica rota de antes. Había sanado algunas heridas. Había crecido. Había aprendido a cuidarse. Pero ahora, le tocaba hacerse una nueva pregunta:

—¿Quién soy yo cuando no estoy sobreviviendo?

Durante años había estado en modo defensa; escapando del dolor, agradeciendo la calma. Pero ahora que ya no había tormentas, ¿por qué su alma seguía inquieta?



—Pensé que tener un hogar bonito, un esposo bueno y una hija hermosa, me iba a hacer sentir completa... —susurró, mientras una lágrima le caía por la mejilla—. Pero no me siento completa.

Se llevó las manos al rostro. No era que no amara a su hija. No era que no apreciara a su esposo. Era que —por primera vez— empezaba a reconocer que ella también importaba.

Sus sueños. Sus pasiones. Su forma de amar.

—¿Y si me equivoqué? —se preguntó—. ¿Y si elegí la seguridad por miedo y no por amor?

Al día siguiente, su esposo la notó distante.

—¿Estás bien, amor?

—Sí, solo estoy cansada.

—¿Seguro? Te noto rara últimamente.

Ella sonrió con dulzura. No quería herirlo. No quería que él pensara que hacía algo mal.

—No eres tú... soy yo. Estoy pasando por cosas internas, no sé cómo explicarlo.

Él asintió. No insistió. Siempre respetaba sus espacios.

Pero Mara sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar su verdad. Porque no se trataba de él. Se trataba de ella.

De su corazón confundido. De esa búsqueda silenciosa de algo más. Algo que no sabía nombrar, pero que su alma pedía a gritos.



CABALLITO BLANCO

La tarde caía suave sobre la casa como una manta tibia que envolvía los rincones en una paz dorada. Desde la sala, se oía una risa clara y contagiosa que parecía brotar del corazón mismo de la vida. Jane, con sus apenas dos años, era un remanso de alegría. Corría descalza por el pasillo, tambaleante pero decidida, con sus cachetes sonrosados rebotando al compás de su risa.

—¡Corre, corre que te atrapo! —gritaba su tía entre carcajadas mientras la perseguía fingiendo ser un monstruo.

Jane se dejaba alcanzar, se dejaba atrapar... y, luego, escapaba entre chillidos de felicidad.

Mara, sentada en el borde del sofá, la miraba con una sonrisa cansada pero llena de amor. Su hija era su sol, su aire, su fuerza. Verla rodeada de cariño le traía una sensación de alivio, como si por unos minutos pudiera olvidar el caos interno que la habitaba.

—¿La viste, Mara? ¡Saltó solita del escalón! —dijo la tía emocionada, mientras levantaba a Jane para llenarla de besos.

—Sí... sí la vi —respondió Mara, con la voz apenas audible, tragándose una punzada de nostalgia. Cada logro, por pequeño que fuera, la llenaba de orgullo y al mismo tiempo le desgarraba algo por dentro.

Esa noche, como cada noche, llegó el ritual. La tía acostó a Jane en su cuna, le acarició el cabello ondulado y, como siempre, comenzó a cantar:

«Caballito blanco, llévame de aquí...»

La voz se deslizaba en el cuarto como una brisa suave. Jane tarareaba apenas, con los ojitos ya medio cerrados, mientras se acurrucaba entre las sábanas.

Mara se apoyó en el marco de la puerta y observó la escena. Sentía que su corazón se partía en dos.

Esa misma noche, el teléfono sonó. Era papá.

—¿Aló?

—Hola, hija. ¿Estás sola?

—Sí, dime.

—Escúchame con atención. Hemos estado pensando... Vamos a traer a Jane primero. Tú y tu esposo vendrán después, todo va a salir bien. Pero tiene que ser en silencio... nadie debe saberlo todavía. ¿Entiendes?

▼Mara quedó en silencio. El corazón le latía en los oídos.

—¿Cómo que primero Jane? ¿Y yo? ¿Y... y su papá?

—Ustedes después. Primero ella. Es por el bien de todos, hija. Todo esto es por un futuro mejor.

Cortó la llamada con las manos temblorosas.

Esa noche, en la cama, compartió la conversación con su esposo.

—¿Y si no es lo correcto? ¿Y si se siente sola? ¿Y si me odia después?

—Mara... —le tomó la mano—. Es solo por un tiempo. Es el primer paso. No lo estamos haciendo por egoísmo... es por ella. Por nosotros.

Ella soltó un suspiro tembloroso. Se le quebró la voz.

—¿Cómo se prepara una madre para dejar ir a su hija?

Él no respondió. Solo la abrazó en silencio, sabiendo que no había palabras suficientes para ese tipo de dolor.

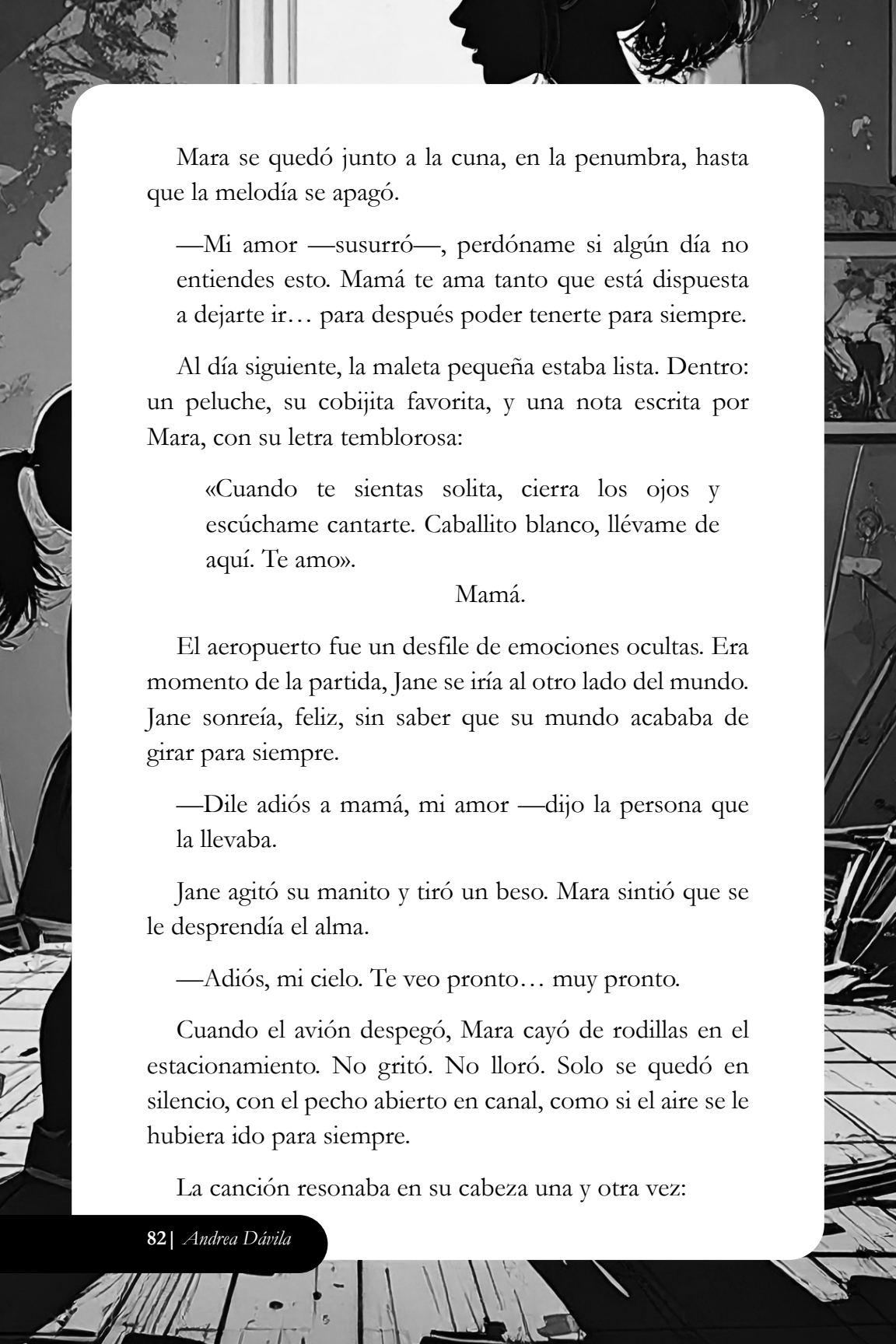
Los días siguientes fueron un torbellino de preparativos silenciosos. Nadie debía saber nada. Ni la abuela ni los tíos, ni los primos. Cada día se sentía más como una traición silenciosa.

—Mara —decía la abuela mientras peinaba a Jane—, esta niña está creciendo tan rápido. Pronto estará corriendo por el jardín sola...

Mara solo sonreía, con un nudo en la garganta.

La noche anterior al viaje, Jane dormía como si el mundo no fuera a cambiar. La tía le cantó por última vez su canción:

«Caballito blanco, llévame de aquí...»



Mara se quedó junto a la cuna, en la penumbra, hasta que la melodía se apagó.

—Mi amor —susurró—, perdóname si algún día no entiendes esto. Mamá te ama tanto que está dispuesta a dejarte ir... para después poder tenerte para siempre.

Al día siguiente, la maleta pequeña estaba lista. Dentro: un peluche, su cobijita favorita, y una nota escrita por Mara, con su letra temblorosa:

«Cuando te sientas solita, cierra los ojos y escúchame cantarte. Caballito blanco, llévame de aquí. Te amo».

Mamá.

El aeropuerto fue un desfile de emociones ocultas. Era momento de la partida, Jane se iría al otro lado del mundo. Jane sonreía, feliz, sin saber que su mundo acababa de girar para siempre.

—Dile adiós a mamá, mi amor —dijo la persona que la llevaba.

Jane agitó su manito y tiró un beso. Mara sintió que se le desprendía el alma.

—Adiós, mi cielo. Te veo pronto... muy pronto.

Cuando el avión despegó, Mara cayó de rodillas en el estacionamiento. No gritó. No lloró. Solo se quedó en silencio, con el pecho abierto en canal, como si el aire se le hubiera ido para siempre.

La canción resonaba en su cabeza una y otra vez:

«Caballito blanco...»

Y así, con el alma desgarrada y la mirada puesta en un futuro que todavía no entendía, Mara dio el paso más doloroso de su vida... todo por amor.





LA CASA VACÍA

La puerta se cerró con un leve clic, pero el silencio que siguió sonó como un estruendo.

Mara se quedó parada unos segundos, inmóvil, con las llaves aún en la mano. Miró a su alrededor. La casa estaba igual... y al mismo tiempo, completamente distinta.

No había risas. No había pasitos. No había canción. Solo silencio. Un silencio espeso que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

Caminó despacio por el pasillo. Sus pies descalzos tocaban el suelo frío. En cada esquina sentía un eco: la voz de Jane, su risa, el «¡Mamá, mamá!» que solía interrumpirlo todo.

Al pasar frente a la habitación de su hija, se detuvo. La puerta estaba entreabierta. Entró. La cuna seguía allí, impecable. El móvil de estrellitas colgaba inmóvil del techo, como congelado en el tiempo. El osito de peluche estaba recostado en la almohada, esperando unos bracitos que ya no estaban.

Mara se sentó en la alfombra, abrazando las piernas, y cerró los ojos.

«Caballito blanco... llévame de aquí...»

La canción resonó en su memoria como un susurro triste. Sintió que el pecho se le apretaba.

—Te extraño, mi amor... —susurró al vacío—. Tanto te...

El sonido de una taza colocada sobre la mesa en la cocina la sacó de su trance; se levantó con lentitud y caminó hacia allá. Su esposo estaba allí, en la penumbra, tomando café.

—¿No vas a dormir? —preguntó él sin mirarla.

—No tengo sueño.

—Yo tampoco.

El silencio reinó.

Mara se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Lo observó. El hombre que tenía enfrente era el mismo, pero también era otro. Ya no compartían el mismo dolor. Cada uno lo cargaba por su cuenta, en silencio, como si hablar del tema fuera romper un pacto invisible.

—¿Has hablado con tu mamá? —preguntó él.

—Sí, Jane está bien. Comió, jugó... me dijo que preguntó por mí cuando se durmió.

Él asintió, sin decir nada.

—Esto está... difícil —dijo ella al fin, rompiendo el silencio—. Esta casa... sin ella... sin su voz...

—Sí. Lo sé.

Mara lo miró con una mezcla de rabia contenida y tristeza.

—¿Tú también la sientes? ¿O ya te acostumbraste a no oírla correr por aquí?

—No digas eso... —respondió él, dejando la taza sobre la mesa con fuerza—. Claro que la siento. Me duele igual que a ti.

—¿En serio? Porque a veces siento que somos solo dos desconocidos que comparten techo. Que, sin Jane, no hay nada entre nosotros.

Él bajó la mirada.

—Tal vez... tengas razón.

La frase flotó en el aire como una sentencia. Mara sintió un escalofrío... ella lo había pensado muchas veces.

Esa noche, mientras él dormía en el sofá, ella se sentó frente a la ventana, abrazada a una manta. La ciudad estaba cubierta por un velo oscuro, interrumpido solo por las luces lejanas de los edificios.

Se sintió sola. Verdaderamente sola.

—¿Quién soy ahora? —se preguntó en voz baja—. ¿Quién soy sin ella aquí? ¿Y sin él?

Las lágrimas bajaron sin pedir permiso. No era la primera vez que lloraba desde que Jane se fue, pero sí era la primera vez que lo hacía desde un lugar de certeza. Estaba rota. No podía seguir fingiendo que todo estaba bien.

El amor que una vez los unió se había evaporado, lentamente con cada día que pasaba sin su hija, con cada silencio, con cada distancia no dicha. Y ahora solo quedaba esa casa vacía... el eco de lo que alguna vez fue.

Días después, tomó la decisión. Se levantó temprano. Había decidido separarse, ya no podía vivir en una relación vacía.

Al llegar él, vio el cuarto medio vacío, las cosas de Mara no estaban, ¿qué estaba pasando?

—¿Qué pasó Mara?

—Esto se terminó, lo siento...

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé, siento un vacío... esto ya no es vida.

Se quedaron en silencio, como tantas otras veces. Pero esta vez no había tensión, solo aceptación.

—No quiero seguir fingiendo que estamos bien. Ni seguir culpándonos en silencio. Esto no es justo para ninguno.

Él asintió lentamente.

—Tienes razón...

—Quiero reencontrarme. Saber quién soy.... Quiero que cuando nos reunamos con Jane, recibirla como la mamá que merece. No como esta sombra de mí.

—Espero que lo logres —dijo él—. Yo no sé si podré, sabes que aún te quiero.

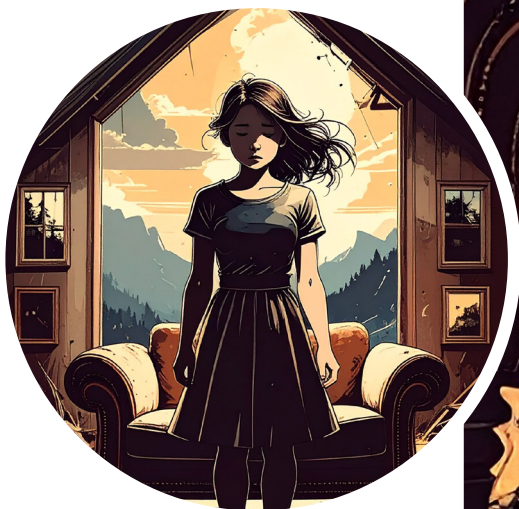
A Mara le dolía esas palabras, era un buen hombre, pero...

—Los planes siguen igual —dijo Mara—. Viajaremos a Estados Unidos, allá le diremos a la familia de nuestra separación.

Él la miró y solo asintió. Mara se levantó del sillón con pasos firmes y acudió a su cuarto. Respiró hondo. Ya todo había terminado. Era libre. Dolorosamente libre.

La relación se terminaba con sus recuerdos, sus canciones suspendidas y sus silencios infinitos.

Ella con el corazón desgarrado, pero con una chispa de esperanza, emprendía el camino de vuelta a sí misma, porque a veces, para reencontrarse, primero hay que perderlo todo.





UN ENCUENTRO INESPERADO

Habían pasado ya dos meses desde que Jane se había ido. Mara recorría los días como si caminara entre sombras. El reloj parecía moverse con crueldad, arrastrando las horas con lentitud, como si el tiempo mismo también extrañara la risa de su hija.

La casa... esa casa vacía, le recordaba a su pequeña, cada rincón, las paredes con garabatos. y ese vacío... ese vacío que no se iba...

Una tarde cualquiera, mientras Mara organizaba unos papeles en la pequeña oficina donde trabajaba medio turno para mantenerse ocupada, su celular sonó. Era su padre.

—Hola, papá —contestó, tratando de sonar animada.

—Hija —su voz era pausada, con esa mezcla de firmeza y gravedad que usaba cuando algo importante estaba por decirse—, solo quería avisarte que todo está listo. Ya tiene los papeles; tu esposo puede viajar esta semana.

Mara se quedó en silencio. Respiró hondo. Era lo que habían planeado, lo que habían luchado tanto por conseguir. Pero ahora... nada era igual.

—Gracias, papá —respondió con suavidad. Él no sabía nada de su separación, pensaba que todo estaba igual.

Colgó. Y por un instante, se quedó sentada con el celular entre las manos, sintiendo el peso invisible de esa verdad guardada.

El viaje de su esposo ocurrió sin muchas palabras. Un abrazo frío en el aeropuerto, un «Cuídate...» mecánico, y la promesa de mantenerse en contacto por el bien de Jane.

Mara, a la distancia, vio una foto del reencuentro entre padre e hija. Él abrazándola, Jane riendo. Y algo dentro de ella se quebró... pero no por celos ni por tristeza. Era una mezcla de alivio, dolor y gratitud. Jane estaba bien. Ahora solo quedaba esperar su turno.

Una semana antes de su partida, después de un día agotador de trámites, Mara caminaba por el centro con una carpeta en mano, la mirada perdida y los pensamientos en otra parte. Entonces lo vio... o, mejor dicho, lo sintió.

Como si una parte de su cuerpo lo reconociera antes que su mente, levantó la vista justo cuando él hacía lo mismo.

¡Era él! Su primer amor. El que le enseñó a amar sin medida y también a llorar sin consuelo. El que había dejado una huella tan profunda que ni el tiempo ni la distancia, ni los errores, habían logrado borrar del todo.

Ambos se detuvieron, como si el mundo se congelara a su alrededor.

—¿Mara?

—No puede ser... —susurró ella, como si hablara consigo misma.

Él sonrió, esa sonrisa ladeada que ella conocía tan bien.

—Estás igual. O más hermosa, si eso es posible.

Ella rio nerviosa. El corazón le latía como un tambor en el pecho.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo cerca... ¿y tú?

—Papeles. Me voy en unos días.

—¿A dónde?

—A Estados Unidos —respondió Mara—, es una historia muy larga. Voy a reunirme a reunirme con mi hija.

—Wow... ¿tienes una hija? —Bajó la mirada por un segundo—. Mucho tiempo sin verte.

—Mucho.

Hubo un silencio incómodo y dulce a la vez. Entonces él lo dijo.

—¿Te tomarías un café conmigo?

Mara dudó por un instante, pero asintió. Su cuerpo ya había respondido antes que su mente.

La cafetería era pequeña y cálida. Se sentaron junto a la ventana. Las tazas humeaban sobre la mesa y las palabras empezaron a fluir como si nunca se hubieran ido.

—Estoy separado —dijo él, de pronto, sin rodeos—, hace más de un año.

—Yo también. Bueno... oficialmente aún no, pero emocionalmente, sí.

—¿Y tu hija?

—Con mis papás en USA. La extraño mucho, cada segundo.

—Siempre dijiste que querías ser madre... y sé que lo eres con todo tu corazón.

Mara sonrió. Había en su voz un reconocimiento que dolía y sanaba a la vez.

—¿Tú tienes hijos?

—Un niño, tiene un año, lo veo cada fin de semana.

Siguieron hablando. Riendo. Recordando.

Hablaron de lo bueno y lo malo, de lo que dolió y de lo que aún quedaba, de los errores cometidos cuando eran jóvenes e inmaduros... Y de la posibilidad —solo una chispa aún— de que no todo estuviera perdido.

Él la miró con una ternura que desarmó cualquier defensa.

—Mara... no sé si esto tenga sentido. No sé si la vida nos da otra oportunidad, o si estamos locos por siquiera pensarlo, pero... no quiero dejarte ir sin decirte que, si tú quieres, yo... quiero volver a intentarlo. De verdad, esta vez.

Ella lo miró en silencio, conteniendo la respiración. No dijo nada al instante. No porque no quisiera... sino porque el corazón no le cabía en el pecho.

Al día siguiente, él la llamó temprano.

—¿Estás despierta?

—Desde antes de que amaneciera.

—Lo estuve pensando... y sí. Quiero ir a buscarte. No sé cuándo ni cómo, pero lo haré.

—Yo no te voy a esperar —le dijo ella, entre seria y dulce—, porque no soy la misma de antes. Ya no espero. Pero si llegas... y yo aún estoy libre... quizás sí podamos comenzar de nuevo.

Él se rio.

—Entonces, haré lo imposible por alcanzarte.

Mara colgó con una sonrisa en los labios... una sonrisa distinta. No era la de quien se enamora por primera vez, sino la de quien cree, por fin, que es posible amar después del naufragio.

Mara empezó a recordar todo lo conversado en su reencuentro. Ambos habían recorrido caminos paralelos: él, casado y padre de un pequeño, pero ya separado; Mara, envuelta en la tormenta de sus propias decisiones.

Durante ese encuentro fugaz, el mundo se detuvo. Con la naturalidad de viejos amigos y la complicidad de amantes que alguna vez se conocieron a fondo, se sentaron a

conversar en una pequeña cafetería. Las palabras fluyeron largas y sinceras, llenas de confesiones y recuerdos. Cada anécdota parecía abrir una puerta a sentimientos largamente sepultados, y, por un instante, Mara se olvidó de las heridas del pasado y de la toxicidad que alguna vez había marcado su vida.

Al día siguiente, con la frescura de una nueva esperanza, acordaron retomar lo que en otro tiempo fue su amor. La decisión era clara: aunque Mara partiera hacia el extranjero en unos días, él se esforzaría por viajar a encontrarse con ella en cuanto las circunstancias lo permitieran. La promesa no era la de un futuro sin desafíos, sino la de construir algo nuevo a partir de las cenizas de lo que una vez fueron.

Mara sintió una felicidad inesperada, una sensación de renacer que le permitía vislumbrar la posibilidad de un amor real, sin máscaras y sin sombras. El reencuentro fue el recordatorio de que, incluso en medio de decisiones dolorosas, la vida puede sorprendernos con momentos de luz. Con cada palabra compartida y cada sonrisa cómplice, Mara comprendía que su corazón, aunque marcado por el pasado, aún era capaz de amar y de reconstruirse.

Mientras se acercaba la fecha de su partida, esa chispa de amor reavivada se convirtió en un faro que iluminaba su camino, prometiendo que, más allá de la distancia y las complicaciones, siempre existiría la posibilidad de un nuevo comienzo.

La fecha del viaje se acercaba. Las maletas estaban listas, los documentos en orden, pero algo había cambiado en Mara.

Ya no era solo una madre viajando para reencontrarse con su hija. Era una mujer que, contra todo pronóstico, había vuelto a sentir. Había vuelto a creer.

El encuentro inesperado no era el destino... pero sí una señal, porque a veces, cuando creemos que todo está dicho, la vida nos susurra: «Aún queda historia por escribir».





LA SONRISA DE LA ÑIÑA

El reloj marcaba las 4:38 a. m. cuando Mara abrió los ojos.

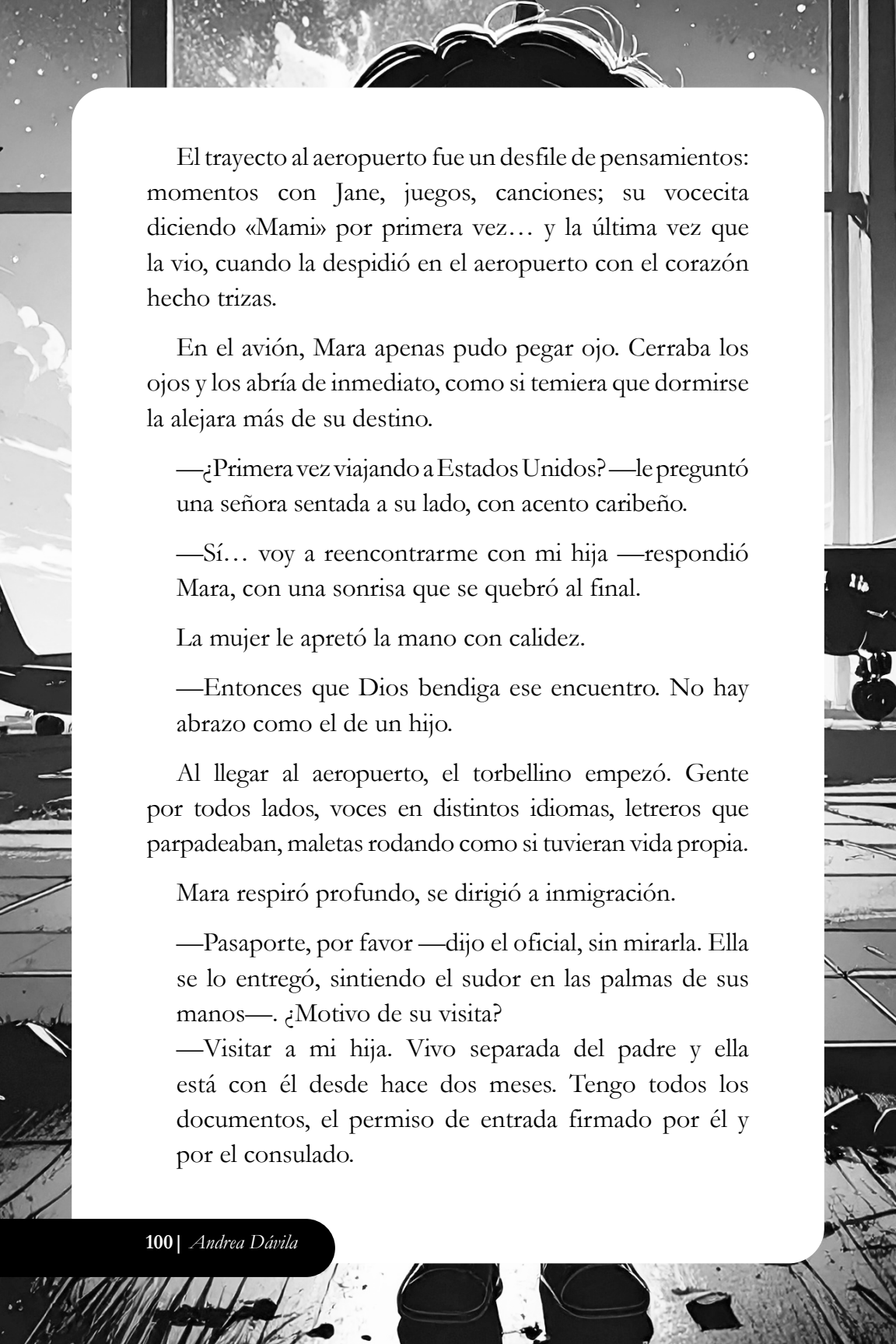
No necesitó despertador. Su corazón llevaba horas haciendo ese trabajo. Se incorporó lentamente. El cuarto estaba en penumbra; el silencio de la madrugada parecía amplificar el sonido de su respiración agitada.

—Hoy la vuelvo a ver —susurró, llevándose una mano al pecho, como si intentara calmar los latidos que golpeaban con fuerza.

Había dormido con la ropa doblada a un lado de la cama. Se vistió en silencio, sin música, sin distracciones. Cada movimiento era una ofrenda a la esperanza. Antes de salir, miró su celular. Un mensaje. Era de él, de su primer amor.

«No importa dónde estés, siempre te voy a amar.
Gracias por lo de ayer... por la magia. Nos vemos pronto. Te llevo en el alma».

Mara sonrió con tristeza. El reencuentro había sido como un paréntesis inesperado en su historia, una promesa envuelta en nostalgia. Pero esta mañana no había lugar para las dudas, solo existía una imagen en su mente: la de su hija.



El trayecto al aeropuerto fue un desfile de pensamientos: momentos con Jane, juegos, canciones; su vocecita diciendo «Mami» por primera vez... y la última vez que la vio, cuando la despidió en el aeropuerto con el corazón hecho trizas.

En el avión, Mara apenas pudo pegar ojo. Cerraba los ojos y los abría de inmediato, como si temiera que dormirse la alejara más de su destino.

—¿Primera vez viajando a Estados Unidos? —le preguntó una señora sentada a su lado, con acento caribeño.

—Sí... voy a reencontrarme con mi hija —respondió Mara, con una sonrisa que se quebró al final.

La mujer le apretó la mano con calidez.

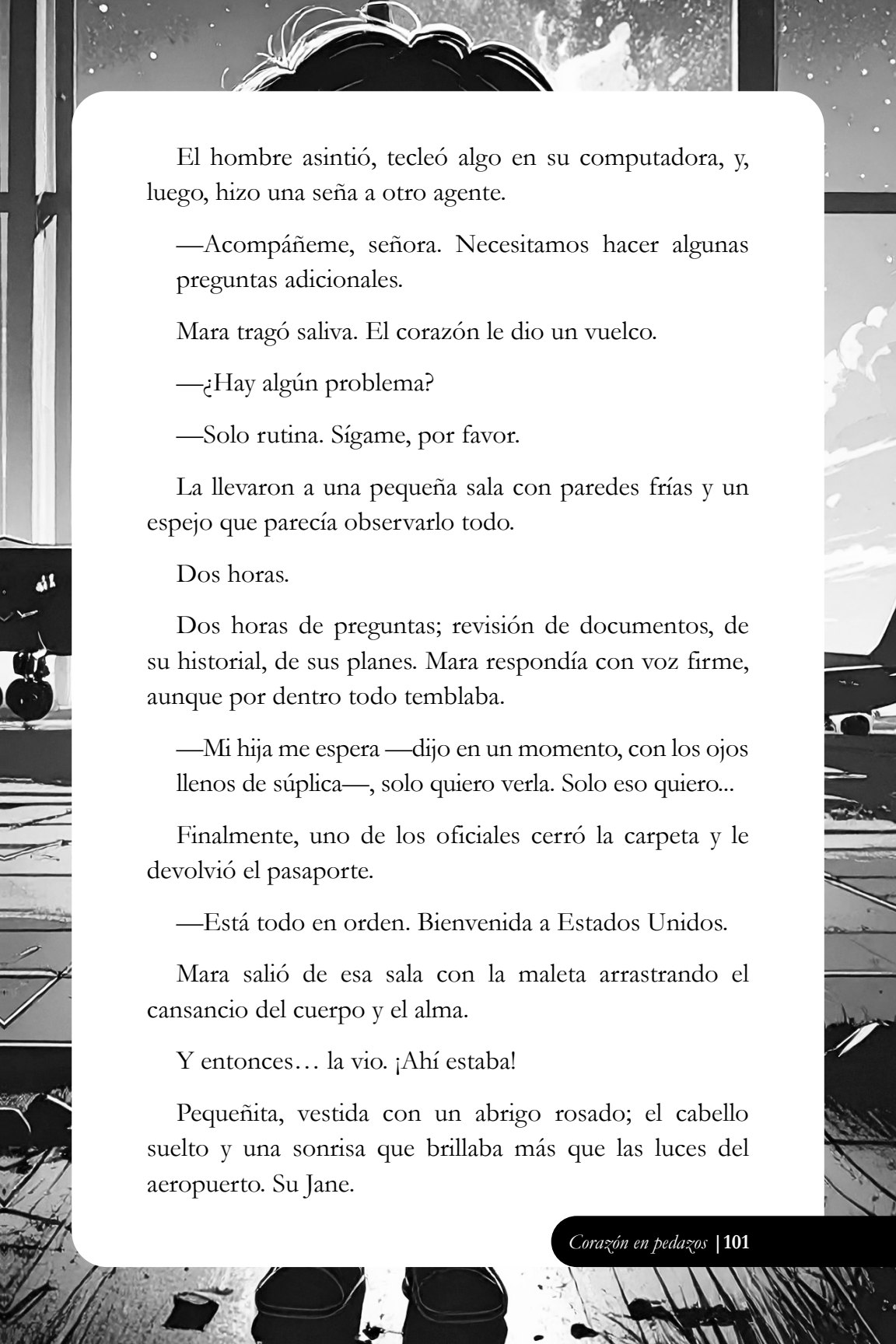
—Entonces que Dios bendiga ese encuentro. No hay abrazo como el de un hijo.

Al llegar al aeropuerto, el torbellino empezó. Gente por todos lados, voces en distintos idiomas, letreros que parpadeaban, maletas rodando como si tuvieran vida propia.

Mara respiró profundo, se dirigió a inmigración.

—Pasaporte, por favor —dijo el oficial, sin mirarla. Ella se lo entregó, sintiendo el sudor en las palmas de sus manos—. ¿Motivo de su visita?

—Visitar a mi hija. Vivo separada del padre y ella está con él desde hace dos meses. Tengo todos los documentos, el permiso de entrada firmado por él y por el consulado.



El hombre asintió, tecleó algo en su computadora, y, luego, hizo una seña a otro agente.

—Acompáñeme, señora. Necesitamos hacer algunas preguntas adicionales.

Mara tragó saliva. El corazón le dio un vuelco.

—¿Hay algún problema?

—Solo rutina. Sígame, por favor.

La llevaron a una pequeña sala con paredes frías y un espejo que parecía observarlo todo.

Dos horas.

Dos horas de preguntas; revisión de documentos, de su historial, de sus planes. Mara respondía con voz firme, aunque por dentro todo temblaba.

—Mi hija me espera —dijo en un momento, con los ojos llenos de súplica—, solo quiero verla. Solo eso quiero...

Finalmente, uno de los oficiales cerró la carpeta y le devolvió el pasaporte.

—Está todo en orden. Bienvenida a Estados Unidos.

Mara salió de esa sala con la maleta arrastrando el cansancio del cuerpo y el alma.

Y entonces... la vio. ¡Ahí estaba!

Pequeñita, vestida con un abrigo rosado; el cabello suelto y una sonrisa que brillaba más que las luces del aeropuerto. Su Jane.

—¡MAMIIIIIIIIII! —gritó la niña, soltándose de la mano de su padre y corriendo con los brazos abiertos.

Mara dejó caer la maleta y corrió también.

El choque fue dulce y fuerte. Jane se lanzó a su cuello con una fuerza que solo tienen los hijos cuando abrazan a quien más aman.

—¡Mami! ¡Te extrañé mucho, mami! ¡Te quiero! ¡Te quiero muchísimo!

Mara no podía hablar, solo lloraba. Lágrimas calientes rodaban por sus mejillas mientras besaba la cabeza de su niña una y otra vez.

—Mi amor... mi chiquita... ¡mira cómo has crecido!

—Habían pasado seis meses que le parecieron una eternidad—. Te soñé cada noche, Jane. ¡No sabes cuánto te amo!

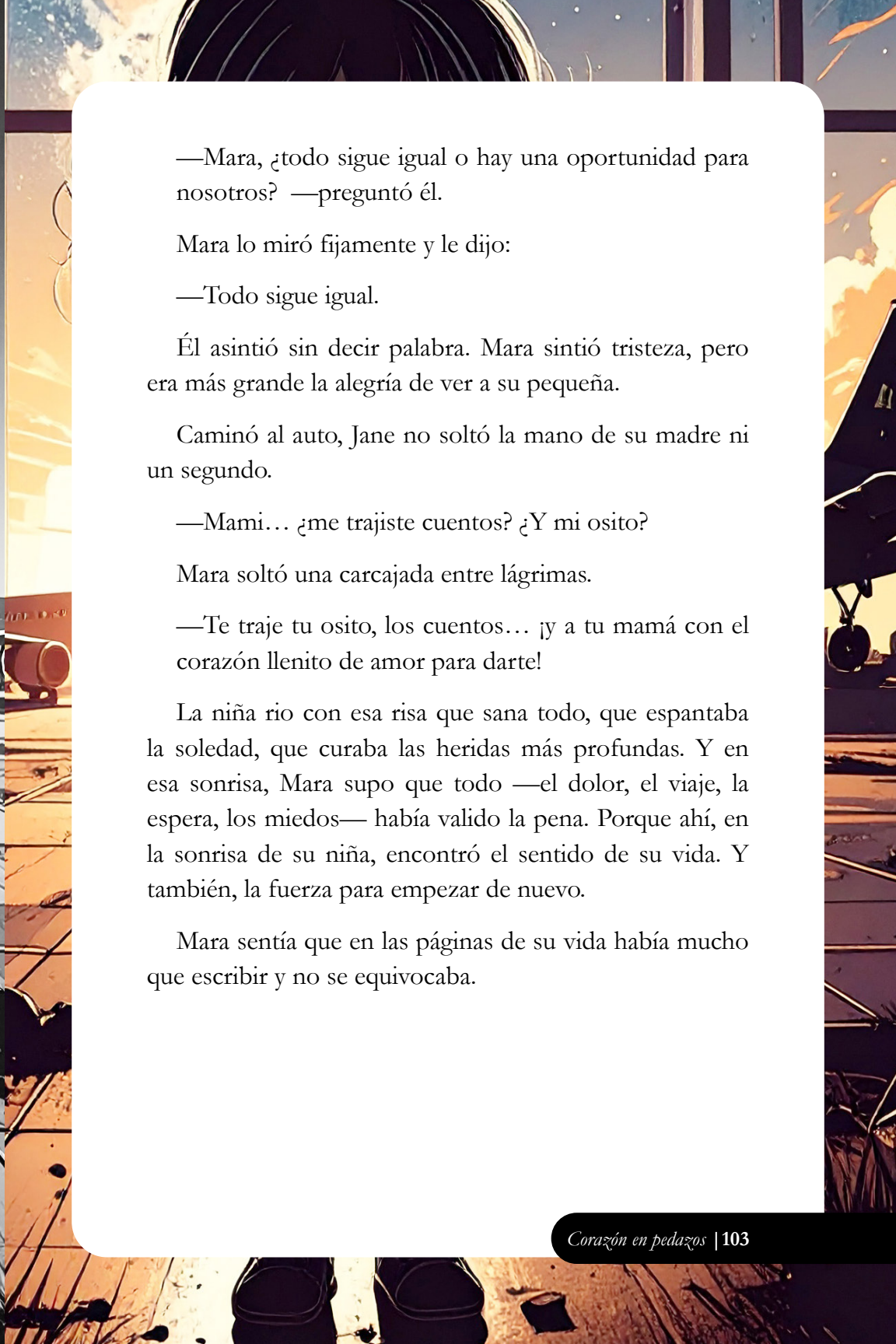
Jane la miró con sus ojos grandes y brillantes que todo lo veía.

—¿Vas a quedarte conmigo, mami?

—Sí, mi amor. Ya estoy aquí. Para ti. Siempre.

El padre de Jane observaba desde unos pasos atrás. Había en su rostro una mezcla de alivio, tristeza y algo que quizás era respeto.

—Gracias por cuidarla —le dijo Mara, mirándolo a los ojos por un instante.



—Mara, ¿todo sigue igual o hay una oportunidad para nosotros? —preguntó él.

Mara lo miró fijamente y le dijo:

—Todo sigue igual.

Él asintió sin decir palabra. Mara sintió tristeza, pero era más grande la alegría de ver a su pequeña.

Caminó al auto, Jane no soltó la mano de su madre ni un segundo.

—Mami... ¿me trajiste cuentos? ¿Y mi osito?

Mara soltó una carcajada entre lágrimas.

—Te traje tu osito, los cuentos... ¡y a tu mamá con el corazón llenito de amor para darte!

La niña rio con esa risa que sana todo, que espantaba la soledad, que curaba las heridas más profundas. Y en esa sonrisa, Mara supo que todo —el dolor, el viaje, la espera, los miedos— había valido la pena. Porque ahí, en la sonrisa de su niña, encontró el sentido de su vida. Y también, la fuerza para empezar de nuevo.

Mara sentía que en las páginas de su vida había mucho que escribir y no se equivocaba.

A stylized illustration of a young girl with long, dark, wavy hair, wearing a dark, short-sleeved dress with a full skirt. She is standing in the foreground, looking towards the viewer. Behind her is a dilapidated house with a steep, dark roof and a small window. The house appears to be made of paper or cardboard, with visible cracks and tears. The background is a warm, orange-yellow sky. The overall style is graphic and artistic.

"LA CASA DE PAPEL"

CORAZÓN EN PEDAZOS

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JUNIO DE 2025



PANGEA
EDICIONES